LA VIRGEN RUBIA:

COMEDIA DE AMOR EN TRES JORNADAS, POR DON ROGELIO PÉREZ RECIO

MADRID, IMPRENTA
:: DE FORTANET ::
AÑO DE MCMXII

Una historia sencilla os enseño:
Historia de amores.
Ella ocurre en paisajes de ensueño
Y tiene dolores.
Que es amor en el alma que adora
Planta tan extraña,
Que á toda la que bien se enamora
Casi siempre daña.

JUNTA DELEGADA
DEL
TESORO ARTÍSTICO

Libros depositados en la
Biblioteca Nacional

Procedencia
T. BORRAS

N.º de la procedencia

JORNADA PRIMERA

723405

ESCENA PRIMERA

Es en uno de los salones de un palacio. Tupidas alfombras turcas cubren el pavimento, y de las paredes penden viejos tapices moros de fantásticas labores, presea quizás de algún caballero de la casa, que con el esfuerzo de su brazo los ganara en tiempos ya remotos. Tal vez aquellas alfombras y tapices adornaran en otras épocas el camarín fastuoso de alguna sultana granadina, y tal vez fueran también involuntarios presenciadores de ardientes idilios y acaso de trágicos dramas en que el amor y los celos de algún moro salpicaron con sangre de sultana aquella alfombra adamasquina. Antiguos sillones de duro cuero cordobés y góticos adornos

rodean la estancia, y en el centro, recia mesa de tallado nogal y retorcidas patas sirve de sustento y base á linda y florida maceta, que con sus tonos multícromos altera la rigidez conventual del salón. Sentada en un amplio y frailesco sillón, cuyo asiento hace blando una bordada almohadilla que sobre sí tiene, hállase la buena y anciana madre de Beatriz. Llámanla doña Nieves, y en justicia jamás se halló mejor aplicado dicho nombre, pues nieve es el ya arrugado cutis de su cara y de sus manos, y nieve el color de su cabellera, lindo marco de tanta blancura. Sus ojos son serenos y plácidos como los transparentes horizontes. Cuando muchos inviernos nos dan su beso frío, tórnase tranquilo nuestro mirar, que nada hay como el mucho vivir para que apagadas las pasiones sientan nuestras almas el sosiego de la inevitable y próxima muerte. Por eso el mirar de los viejos es apacible y triste como la última llamarada de una vida que se extinge. Sentada en lindo taburete está Beatriz, la feliz joven, que, como las princesitas de ensueño, tiene de oro el cabello y son sus ojos turquesas. Los finos, secos

y temblorosos dedos de la señora juegan entre la aurífica cabellera de su hija.

DOÑA NIEVES

¡Qué hermosa eres, hija mía! ¡Y qué pelo el tuyo! ¡Parecen hilos de oro!

(Con fruición va en ellos la anciana desflorando besos.)

BEATRIZ

También tuviste tú una gran cabellera. ¡Ahora ya es de plata!

DOÑA NIEVES

Antes fué negra.

BEATRIZ

Como la de las diosas de la Grecia.

DOÑA NIEVES

También hubo diosas que fueron rubias como tú; pero no tan hermosas.

BEATRIZ

¡Madre, qué cosas tienes!

DOÑA NIEVES

No, no. No son cosas mías. Es que eres muy bella, hija mía, muy bella. Y no es que me ciegue el cariño, no...

BEATRIZ

Bueno; si lo soy, déjalo. A mí me es igual.

DOÑA NIEVES

Pues á mí no me da lo mismo, que soy tu madre, y si por mí fuera, serías la más bella de todas las mujeres.

BEATRIZ

Pues qué, ¿no lo soy para ti?

DOÑA NIEVES

Sí, hija; para mí eres tú la mejor. Pero ¿y para todos?

BEATRIZ

Con que para ti lo sea me es suficiente. De los demás nada me importa.

(Beatriz acaricia á su madre y ésta á ella. Y las dos sonríen embargados sus ánimos por el mutuo y tranquilo amor que se profesan. En la mente de la anciana bulle un pensamiento; quiere expresarlo y no acierta cómo. Al fin, dice interrogadora.)

DOÑA NIEVES

¿De modo que tan sólo yo te intereso en este mundo?

BEATRIZ

Tan sólo tú, madre mía. Tú y el hermano. ¿Quién me puede interesar fuera de ti y de Pedro?

DOÑA NIEVES

¿Quién sabe? A veces... (sonriendo enigmática.) ¿Cuántos años cumpliste ya?

BEATRIZ

Ya lo sabes, madre. Veintitrés por San Juan.

DOÑA NIEVES

¡Veintitrés! Ya eres una mujercita.

BEATRIZ

¡.....!

DOÑA NIEVES

(En lento murmurio.) Sí; ya va siendo hora. No conviene que te quedes abandonada; no, no conviene...

BEATRIZ

Nada de lo que dices comprendo.

(La anciana calla pensativa, y sus dedos seniles siguen jugando con la cabellera aurífica de su hija.

Hay una pausa, y en su transcurso entran por los labrados ventanales del salón los armoniosos píos de los pájaros que alegran el jardín.)

DOÑA NIEVES

¿Y don Rodrigo?

BEATRIZ

(Ruborosa.) Partió temprano de caza y aún no ha vuelto.

DOÑA NIEVES

¿Qué es eso, hija mía? No te pongas tan encarnada. ¿Por qué te sofocas?

BEATRIZ

¡Madre, el calor!...

DOÑA NIEVES

Es verdad, sí; el calor. (Sonríe con ternura.) ¡Pobre hija! Quienes hemos vivido mucho, no nos engañamos. El calor, el calor...

(Beatriz, sin poderlo evitar, siente ardores, y su cara lindísima aparece nimbada de aurorinos reflejos, que vienen á ser como esmalte que forma el pudor en su cara de virgen núbil. Y su madre la besa amorosa, en tanto que su corazón siente añoranzas de placenteros tiempos pasados, en que el amor la acariciaba con ensueños de rosa, cuando aún no era de nieve su cabellera negra.)

DOÑA NIEVES

¿Por qué quieres disimular conmigo? ¿No soy tu madre? ¿Por qué no confesarme la verdad?... (Acariciante.) ¡Ya soy muy vieja y sé lo que es el corazón!

BEATRIZ

¡Madre!...

DOÑA NIEVES

Si ello no es nada, tontina. Si había de suceder necesariamente.

BEATRIZ

(Con tristeza en los ojos.) ¿Cómo supiste?...

DOÑA NIEVES

Por ti, que á todas horas lo declaras. ¡Es tan extraña planta el amor, que en cuanto nace se muestra, inconsciente de ello, á la vista de todos!

BEATRIZ

¡Madre!... ¿Lo habrá notado él?

DOÑA NIEVES

Pienso que no. Ni aun se habrá fijado en ello.

BEATRIZ

(Tristemente.) ¡Si será porque no me quiera!

DOÑA NIEVES

¡.....!

BEATRIZ

Si él no me quiere, me mata. Madre... ¡sin su querer, me muero!

(En su mirada hay lamentos y en su voz suspiros. Los congojados senos laten con anómala rapidez. Y su madre la mira tristemente con aquellos sus tristes ojos, límpidos y tranquilos como las transparentes linfas de lago sosegado, libre de las inquietas borrascas que forman las desbordadas pasiones del alma.)

DOÑA NIEVES

¿Sabes lo que dices?

BEATRIZ

¡Robóme el alma con los sus ojos!... ¡Y arde mi pecho á su mirada triste!

DOÑA NIEVES

Ten calma, hija mía.

BEATRIZ

¡Él es mi vida, mi amor! ¡Y sin él, me muero... madre, me muero!...

(Como triste plañir de corazón enamorado resuenan los lamentos de la acongojada rubia.

Y sus ojos lloran las penas del bien amar.)

ESCENA II

Es un palacio, y en él tiene su morada el muy noble señor don Pedro Vélez de Luna y Girón de Oropesa. Los muros del palacio, que son de duro granito, hállanse cubiertos de recios y labrados ventanales; tanto en éstos, como en las altas cornisas que los coronan, se ven las muestras palpables que ingeniosos artífices dejaron, para asombro de los siglos, al esculpir sobre las duras piedras, fantásticas figuras ornamentales y primorosos escudetes. Hacia el lado sur cae un jardín y en él ríe una fuente su perenne risa de cristal. Entre los macizos de geranios y rosales, varias estatuillas semiocultan sus desnudeces marmóreas con la verdasca de acacias y

mirtos. La entrada del palacio se encuentra al occidente, la cual guardan dos anchas puertas de roble claveteadas de hierro, bien encajadas ambas en arco bizantino, por encima del cual campea un escudo grande y complicado como la grande y complicada alcurnia del señor que en el palacio mora. En la puerta, y á la parte que cae fuera, dos hombres canosos y viejos hablan con sosiego. Camino de la fuente, y con su herrada en la cabeza, pasan unas muchachas; la Primavera animó sus semblantes y puso en las rosas de sus labios la canción que resuena armónica entre el apagado bullicio de la tarde. Y el sol, presto á morir, las besa á todas con sus rayos aurígeros y vivificantes, que iluminan las morenuzas caras de las mozuelas, alegres y satisfechas. Los dos viejos charlan, y sus caras rugosas, cual pergaminos antiguos, aparecen tranquilas como los serenos horizontes montañeses. Llámanle al uno Miguel y al otro Fermín. Desempeña el primero el cargo de mayordomo del señor don Pedro Vélez de Luna y Girón de Oropesa, y en cuanto al segundo, es huésped del palacio.

FERMÍN

Tus señores no pueden ser mejores que lo que son.

MIGUEL

Es verdad. Aunque tú tampoco puedes quejarte de la suerte, porque tu señor Don Rodrigo no es muy malo.

FERMÍN

¡Que no es muy malo! Querrás decir que es muy bueno.

MIGUEL

Para ti sí que lo es; no digo que no.

FERMÍN

Y para todos también. Tiene un corazón como hay pocos. De paloma por lo sensible y de león por lo esforzado.

MIGUEL

¡Sí que le tendrá!...

FERMÍN

¿Pues entonces?

MIGUEL

¡Mira! Parece algo displicente. Siempre tan serio, sin reir nunca, con nadie, ni por nada...

FERMÍN

Eso no abona maldad de corazón. Lo que tiene mi señor es que las penas de su alma son muchas á causa de los desengaños que tiene sufridos.

MIGUEL

¿Desengaños de mujeres?

FERMÍN

Y de hombres. Porque él fió de amigos

y queridas y todos le engañaron. De aquí su pena.

MIGUEL

De todas maneras, no es eso motivo para que el señor caballero tenga tanto orgullo y descreimiento como tiene.

FERMÍN

Del todo te equivocas, mi amigo, si eso piensas, pues si acaso mi señor Don Rodrigo tiene orgullo, es sólo lo que bien cuadra á sus merecimientos y nobleza.

MIGUEL

No entiendo yo que sea la altivez el mejor marco para los pechos nobles, y prueba de ello es que mucho lo son mis amos y jamás de la fiereza de carácter hicieron galardón.

FERMÍN

Piensa tú lo que gustes, mas mi señor es

como es, y por asegurar estoy que mejor que él ninguno, ni en sangre, ni en nobleza, ni en acciones.

MIGUEL

Poco á poco, mi amigo; poco á poco. Que á mi señor Don Pedro no hay quien supere en nada. Ni tu señor ni nadie. ¿Te enteras?

FERMÍN

Eso es mucho decir, amiguito.

MIGUEL

Eso es la verdad desnuda.

FERMÍN

Si en otro sitio estuviéramos, tal vez no dijeras...

MIGUEL

Aquí y en todas partes diré y sostendré lo mismo.

FERMÍN

¡Mira que la honra de mi señor es como mía!

MIGUEL

¡Valientes honras!...

FERMÍN

¡Miguel!...

(Los ojillos de los viejos rebrillan enfurecidos y sus manos huesosas y seniles se contraen en nervioso amenazar. Los que antes se hablaban amigablemente míranse ahora engallados, y á no ser porque los hombres se han enfurruñado seriamente, sería cosa de risa el ver por tan cómico disgusto retratada la ira en aquellos semblantes en que el mucho vivir había impreso sello de bondad.

Por el amplio camino, orillado de milenarios álamos, llegan dos jinetes. Viene precediéndoles un fino lebrel de larga cola y piel manchada. Y las pisadas de los caballos resuenan huecas y arrogantes sobre la grava del camino. Son Don Rodrigo y Don Pedro, qne llegan al palacio.

Habla Don Rodrigo. Y su voz seca posee el timbre de los truenos cuando asordan con su horrísono, los ámbitos tormentosos del firmamento,

DON RODRIGO

¿Hubo polémica, Fermín?

FERMÍN

Húbola, sí, señor.

DON RODRIGO

¿Cumples así los deberes que te impone la hospitalidad que con nosotros guardan estos señores? Mucho cuidadado, ¿eh? mucho cuidado.

FERMÍN

Creedme, señor, que á no haberlo tenido en cuenta...

DON RODRIGO

¡Silencio!

DON PEDRO

Mal cumples, Miguel, con la tradición de esta casa, hospitalaria siempre.

MIGUEL

¡Señor!

DON PEDRO

Que jamás vuelva á ocurrir. ¿Me entiendes?

DON RODRIGO

Fermín, que nunca más suceda.

(Los caballeros éntranse por el zaguán, que retiembla á los arrogantes golpes de las herraduras de los caballos. Detrás de ellos y corcoveando va el lebrel.)

DON RODRIGO

El enfado de los viejos habrá sido una niñada seguramente.

DON PEDRO

Es que ya chochean los hombres.

(Por lo interior del palacio piérdense los caballeros. En la puerta se miran los viejos, y á sus oídos llegan unas burlonas carcajadas que por lo interior del palacio resuenan.)

ESCENA III

El jardín es extenso y frondoso. Hay tilos, acacias, álamos y laureles. Y hay también enormes macizos de variadas flores, que con su aroma embalsaman el ambiente. La noche es tranquila, serena. Por el plúmbeo color de los cielos camina la luna y las estrellas palidecen ante el argenteo de sus rayos. En recio balconaje de piedra que al jardín cae, hállase Beatriz en muda contemplación. Bésala la luna en la frente y los rayos de plata rebrillan entre las hebras de oro de su cabellera. Los cerúleos ojos de la hermosa dicen melancolías, y las rosas de sus labios, que un suspiro entreabrió, cuentan romántica querella de amores á la luna que la besa, á los luceros que la sonríen, á la brisa que la acaricia,

á la noche que la adormece. Cabe al jardín pasea Don Rodrigo, el altivo caballero. Y á sus lados caminan dos clérigos. Es viejo, rechoncho y vulgarote el uno; alto y huesoso y de ascético semblante el otro. El primero es el Capellán del palacio, y en cuanto al segunde respondo al nombre de Fray Juan. Todos tres caminan indiferentes, aburridos.

DON RODRIGO

¡Qué parque tan hermoso tiene Don Pedro!

EL CAPELLÁN

¡Ah! Es magnífico. Y antiquísimo además. Con muy grande cuidado y esmero lo formaron ha muchos años sus antepasados.

DON RODRIGO

Tiene un encanto misterioso este jardín.

EL CAPELLÁN

Será porque es de noche.

DON RODRIGO

¡Quizás! La noche atrae nuestro espíritu con su misterio. En ella se agrandan las figuras, y hasta los ruidos, callados y monótonos, llegan á nosotros en son anómalo. Tal vez por eso me gusta este jardín... porque le paseo de noche y nos invita á ensoñar.

EL CAPELLÁN

También es muy bello jardín durante el día, pues le cuida Don Pedro con grande interés.

DON RODRIGO

Siempre fué en pechos nobles la naturaleza el mejor solar y también el más ventajoso para la salud del cuerpo.

EL CAPELLÁN

Y el de menos peligro para la del alma.

(Los labios de Don Rodrigo se plegan en una sonrisa cínica. Fray Juan se para. Sus ojos, duros en el mirar, tienen fulgores de poseído, y la voz que brota de sus labios delgados acalla los rumores de la noche: noche que parece de encantamientos y misterios.)

FRAY JUAN

Siempre fué la belleza lazos que el mundo tiende á los humanos. Las almas que en verdad aman á Dios no han necesidad de recreos materiales, pues su estado más perfecto consiste en su abstracción en Él, y esto no lo conseguiremos mientras haya algo bello que excite nuestra naturaleza ó distraiga nuestro espíritu. Comprendiéndolo así muchos sabios varones que hoy reverencia la Iglesia, al retirarse del bullicio de la vida mundana, buscaron la soledad, no en jardines ni en ciudades, sino en los áridos desiertos que el sol abrasa ó en los enmarañados, umbrosos y solitarios bosques.

DON RODRIGO

¡Donosa religión! ¡Abstracción, abstracción en Dios! Y el cuerpo ¿qué hará en tanto?

(El alma cínica y descreída del caballero retrátase en sus ojos que dicen desdenes. Y en sus labios restalla la risa; una risa altanera, desdeñosa, incisiva, que al repetirla el eco parece cual si ocultos sátiros remedaran la mal encubierta burla.)

FRAY JUAN

Sólo el espíritu es capaz de Dios.

DON RODRIGO

¿Para qué entonces hizo el cuerpo?

(Don Antonio, el pobre y viejo Capellán del palacio, murmura con la satisfecha voz de los hombres tranquilos.)

EL CAPELLÁN

Perdonad, Fray Juan, mas también creo

yo que admirando la belleza de las obras de Dios, se le puede amar; por algo las hizo con su infinita sabiduría y por algo también le dió al hombre capacidad para entenderlas y admirarlas.

FRAY JUAN

Jamás llegaréis á santo, hermano; pues mal se ama á Dios cuando en demasía se admiran las cosas de este mundo.

EL CAPELLÁN

Muy bien se le puede amar en sus obras.

FRAY JUAN

Nunca donde hay vida y, por lo tanto, hermosura, se comprende á Dios Nuestro Señor en toda su grandeza infinita; sólo en presencia de la muerte inevitable y fría, se le siente y se le teme.

(Con gesto altivo frunce el ceño el caballero.)

DON RODRIGO

¡Temer!... ¿Hay que temer á Dios para salvarse?

EL CAPELLÁN

El santo temor de Dios...

DON RODRIGO

(Agrega con fiereza.) Jamás anida el temor en pechos esforzados.

FRAY JUAN

En Dios, sí... todos han temido y temerán de Él.

(Retadora la mirada y altivo el continente, da al aire el caballero su voz recia. Y á su robusto son calla la tierra y tiemblan los luceros.)

DON RODRIGO

Nunca temblé, ni jamás en mi pecho se albergó el miedo. Ni á Dios temo, ni al diablo.

(Como clarín guerrero que lanza á cuatro vientos las estridentes notas de un reto, así cruzan los aires las altivas y orgullosas palabras de Don Rodrigo. Y los clérigos tiemblan.)

FRAY JUAN

Mucho os ciega el orgullo, Don Rodrigo. Temed, temed.

(La figura del fraile se destaca siniestra en el claro obscuro. Parece el símbolo del genio religioso de nuestros abuelos: altanero, místico y déspota, y con la mente llena á todas horas de siniestras visiones de ultratumba. Las palabras del fraile suenan á conjura, á emplazamiento inapelable. Y el caballero sigue dando al aire su altivo grito de guerra.)

DON RODRIGO

Ni á Dios ni al diablo; ni al diablo ni á Dios.

. . . . . .

Sigue la noche tranquila y en calma. En el plúmbeo color de los cielos titilan miradas de estrellas, á las que besa la luna con el argenteo de

sus rayos. Entre la fronda del jardín juega la brisa, y las hojas al moverse producen ruidos misteriosos que asemejan restallar de besos. A lo lejos resuena el monótono charloteo de una fontana.

En el recio balconaje de piedra que al jardín cae, hállase Beatriz, la encantadora virgen rubia, que, como las princesas de ensueño, tiene de oro el cabello y son turquesas sus ojos.

Cabe el jardín pasea Don Rodrigo con los dos clérigos: el silencio reina entre todos. A los pies de un altísimo ciprés hay un banco de tosca piedra; en él se sienta fatigado el caballero. Sin saber por qué, tiene pena; el vivir le da tristeza y las lágrimas pugnan por salir á sus ojos.

Don Rodrigo ha visto á la hermosa que frente á él aparece, y la contempla como bella ilusión de ensueño, idealizada por el argenteo de la luna. Por su alma pletórica de tristeza pasa un hálito de gozo. Dijérase que el amor, al prender en su corazón apenado, le ilumina el alma.

Los rumores del jardín aumentan su melancolía y la opacidad de la noche favorece el ensueño. El caballero sigue mirando á la bella ilusión: un nimbo argentado la rodea idealizándola. Don Ro-

drigo la ve crecer á su mirada y tomar proporciones inconmensurables. El estrellado cielo la sirve de manto. Y la luna es rica diadema que adorna su cabellera rubia.

La ilusión se adelanta hacia él en camino de plata que los rayos de los astros tejieron. Es soberanamente hermosa: pálida la frente y brilladores los ojos, que miran con amor. Rodeada de nimbo esplendoroso llega hasta él, le mira con mirada que daña el corazón, y tras besarle con cálido beso... lentamente... se esfuma...

La ilusión pasó... en el balconaje de piedra hállase Beatriz. Bésala la luna en la frente pálida y sus rayos de plata rebrillan entre las hebras de oro.

Llora el caballero tristezas del alma, tristezas de la vida. Los clérigos háblanse en voz baja.

DON RODRIGO

Hermosa en extremo es la hermana de nuestro buen amigo Don Pedro.

EL CAPELLÁN

Doña Beatriz es lindísima.

FRAY JUAN

Hermosa es, en efecto, y en virtudes rica.

DON RODRIGO

¡Virtudes! ¡Mujer!

FRAY JUAN

Nunca seréis feliz, Don Rodrigo.

DON RODRIGO

¿Por qué?

FRAY JUAN

Por descreído. Aún más que el pan, ha menester el hombre la fe para que la dicha le proteja.

DON RODRIGO

¡Hay tanta falsedad! ¡Hay tanto engaño!

FRAY JUAN

También hay muchas verdades.

DON RODRIGO

Ni una he visto en toda mi vida.

FRAY JUAN

Porque no habréis reparado en ellas.

DON RODRIGO

Es que no las hay. En tiempos tuve fe; nada creo hoy.

FRAY JUAN

Desgraciado seréis toda la vida.

DON RODRIGO

¡Desgraciado! Ya veis que me río.

(Callan los clérigos. Ríe el caballero con risa feudal, risa de amo, despótica y sonora.

Y su alma desengañada llora la tristeza del vivir sin ilusiones.)

ESCENA IV

Hundida en un sillón frailesco y charlando con Don Rodrigo, hállase la anciana Doña Nieves. Sus ojos tristes, ojos en que el cansancio del vivir imprimió su huella, miran cariñosos al altivo caballero. Y en verdad que tiene arrogancia y hermosura varonil el tal don Rodrigo; morena la tez, negro y laxo el cabello, boca pequeña, algo contraída en gesto desdeñoso y sombreada por espeso bigote de altas guías, sus ojos cansados hablan desengaños habidos; á ratos toman expresión sarcástica y fiera, y entonces brillan con fulgor diabólico. Su estatura es grande. Con respeto escucha y contesta á la anciana, cosa rara en su ánimo; y es que su alma descreída sólo respeta á lo que fué. Por

eso, ante la impotencia material de Doña Nieves, siente compasión en su pecho y habla el respeto en sus labios.

DOÑA NIEVES

¿Decidido estáis?

DON RODRIGO

Decidido, sí, señora... mañana pondré fin á mi estancia en ésta. Honrado aun con exceso he sido por todos; nada, pues, tiene de particular que á fuer de agradecido abandone con sentimiento su honroso trato y compañía.

DOÑA NIEVES

El sentimiento será nuestro si, como decís, nos dejáis tan pronto.

DON RODRIGO

Creedme, señora, que á ser posible, la vida entera pasaría á vuestro lado. Solo, sin familia ninguna, he buscado durante toda mi

vida alguien á quien querer y á nadie hallé que fuera digno de ello. Unicamente aquí, en vuestra presencia, reconozco que de existir alguna persona merecedora de ello, esa sois vos y nadie más.

DOÑA NIEVES

Como todas soy é igual que todas merezco.

DON RODRIGO

Como todas las de otros tiempos, sí: de los tiempos de mi madre, cuando las mujeres eran dignas y buenas.

DOÑA NIEVES

También hoy lo son, Don Rodrigo.

DON RODRIGO

En mi peregrinación por el mundo las he buscado y ni una hallé. Ya, ni hay hombres caballerosos, ni damas honestas, ni nada bue-

no; sólo farsa continua, carnavalesca, sangrienta, es lo que vemos. Las virtudes de otras épocas sirven hoy para encubrir el cinismo y la desvergüenza de los degenerados seres de ahora. Las palabras honor, virtud, honra, caballerosidad y otras muchas, se hallan de continuo en boca de los hombres; pero su corazón las desconoce á todas. Quieren con ellas engañar á todos y engañarse á sí mismos; pues siendo malos tiemblan de serlo, y ni aun la gallardía tienen de reconocerse como tales. Son ateos, y se encubren con la capa del fanatismo; ignorantes, y presumen de sabios; malvados; y se llaman virtuosos... Los vicios todos de todos los tiempos hallan asidero en los hombres de hoy; sólo las virtudes se encuentran de huída y perseguidas.

(El desdén se asoma á los labios del caballero y sus ojos de desengañado tienen brillo de ave rapaz ansiosa de presa. En el sarcasmo de sus pala-

bras se adivina un desprecio absoluto á la humanidad, á sus leyes, á todo.

Contémplale la anciana con mezcla de lástima. Como su corazón es santo, no conoce ni ve la maldad.)

DOÑA NIEVES

¿Es posible, Don Rodrigo, que tan malvados supongáis á los hombres?

DON RORRIGO

Señora, juzgáis á todos por vuestro corazón, que es todo bondad. Así me ocurrió á mí también, pero á un desengaño siguió otro, y á otro, muchos más. Por fin logré ver claro, huí de la humanidad entera y busqué amparo en la religión. Y vieron mis ojos hipocresía en los encargados de velar por su pureza, pues siendo más malvados que nadie, lo disimulaban so careta de virtud. Mentira, falsedad. ¡Todo lo dominan!

DOÑA NIEVES

¡Cuánto exageráis, Don Rodrigo! No os niego que habrá algún malvado: siempre los hubo. Pero no tantos como decís, no tan generalizados por el mundo, como creéis. Siempre será falta imperdonable de los humanos ver la maldad y no las buenas obras de sus semejantes.

DON RODRIGO

Convencido estoy, señora, de lo que digo, y desgraciadamente por propia experiencia. ¡Ojalá no lo estuviera! Vivid vos, señora, en esa creencia, porque es repugnante conocer la verdad.

(Calla el caballero; su desprecio al mundo dió timbre irónico á sus palabras. Doña Nieves le contempla entristecida y piensa en las vidas que aun estando lozanas, sienten hastío y odio hacia el vivir sin ilusiones.)

DOÑA NIEVES

Vos sois, Don Rodrigo, de esos caballeros que andan por el mundo atacados de ese mal que llaman hipocondría. Lo miráis todo á través del negro prisma de vuestra melancolía, y por eso sólo veis maldades y sentís acongojado el corazón más cada vez. Mas si queréis sanar de ese mal que os atormenta, hay un muy sencillo remedio. Contemplad el mundo á través de un rosado color y tendréis alegría. Abrid vuestro pecho á un amor puro y sentiréis el goce de los grandes placeres del espíritu. Y si á pesar de ello se adueñara alguna vez la tristeza de vuestro ánimo, no será ciertamente la que ahora os agobia, sino otra muy distinta, otra que da vida á las ilusiones y que fortalece al espíritu: la serena melancolía del bien amar.

DON RODRIGO

También he amado, señora, pero no hube en premio otra cosa que desengaños.

DOÑA NIEVES

¿Y quién de los mortales no ha gustado una vez siquiera su acre sabor? ¿Y por eso vamos á renunciar á la vida? Como la sed nos hace codiciar el agua, así los desengaños nos hacen ansiar el amor. Sin mentira no habría verdad, ni amor sin desamor.

(Por abierto ventanal de labrada piedra penetra tibio y enrarecido aire, producto de una atmósfera caliginosa. A lo lejos resuena tenue el sordo zumbido de distanciados truenos. Cerca vibra el campanillo del convento vecino. Llama á los fieles al Trisagio. Y su son parece voz supraterrena, nuncio de apocalipsis.)

ESCENA V

Como rebaño innúmero de tímidas ovejas que la presencia del lobo hambriento hace correr en fuga desordenada; como enorme bandada de palomas gigantes puestas en rapida huída por halcón sañudo que las persigue; como lúcido escuadrón de caballos que sintiendo desgarrados sus ijares por agudos acicates marchan en tropel confuso y velocísima carrera en busca de quimérico enemigo, así corren las nubes por el antes azulado firmamento: fuerza invisible las agita en confuso remolino; ya se elevan á alturas inconmensurables; ya descienden hasta tocar el suelo; trazan fantásticos giros, formas caprichosas; se amontonan, se agolpan, chocan unas con otras, y todo acompañado de tableteo

horrísono, de estruendo espantable como el ruido que cientos de Vulcanos armaran al forjar en olímpicas fraguas miles de rayos para el tonante Dios de los Dioses. Semivelado el sol por nubecilla tenue que á manera de gasa mal encubre su faz resplandeciente, lanza aún sus rayos á los graníticos festones y columnatas de la galería, en que con gran descuido y falta de interés hablan los galanes Beatriz y Don Rodrigo. Ya no cantan alegres las golondrinas ni su canto acompañan con silbos agudos los veloces vencejos que otras horas cruzaban el azul. Ya no aromatizan el ambiente las acacias en flor, ni los rosales, geránios, madreselvas, claveles, ni tantas y tantas flores como al amparo del jardín viven matizándole con multícromas tonalidades. Ya no canta amores la fuente del sátiro; llora tristezas con su lagrimeo continuado, en murmurio perceptible apenas entre el fragor de los cielos tormentosos. Vaga hálito de muerte por la atmósfera que pesa como losa sepulcral. Escondióse el céfiro, y mudos los árboles, cesan el eoliano cántico de su follaje verde.

DON RODRIGO

¿Tempestad tendremos?

BEATRIZ

Ya anda muy cerca.

DON RODRIGO

(Aparte.) En mi alma la hay eterna.

BEATRIZ

La que llega es terrible.

DON RODRIGO

(Aparte.) Más terrible que todas es la que siento.

BEATRIZ

Y que durará bastante. Pero al fin pasará y brillará de nuevo el sol, y los pájaros cantarán otra vez, y el suave aroma de las flores será aún más penetrante.

DON RODRIGO

(Aparte.) La tempestad que vive en mi alma nunca halla el fin.

(Rodando, rodando se acercan las nubes: rodando, rodando se acercan los truenos. Va en aumento el estruendo, disminuye la luz... y aún no ha llegado la tormenta.)

DON RODRIGO

¿Sabéis que parto mañana?

BEATRIZ

¡Tan pronto! ¿Es que os va mal aquí? ¿O es que os desagrada nuestra vista?

DON RODRIGO

Todo lo contrario tal vez.

(Hay una pausa. Beatriz cree comprender, pero no se atreve á interrogar. Teme y ansía escuchar. Y sus ojos interrogan azorados.)

DON RODRIGO

Me marcho por temor á mi mala estrella.

BEATRIZ

¿Por qué temer?

DON RODRIGO

Porque sí; porque sé que no puedo esperar. Hay gentes que nacen con sino detestable; de esos soy yo. ¡No nació la alegría para mí!

BEATRIZ

Callad. ¿Y á nadie amáis?

DON RODRIGO

Sólo á la muerte, que me dará descanso.

(La tempestad llegó ya: brama el huracán doblando árboles, aun los más corpulentos; gruesas gotas comienzan á caer con tal ímpetu, que parece rebotan en el suelo; retumba el trueno con horrísono y rasgado tableteo; rebrillan lívidos los

relámpagos, y las almas de los humanos tiemblan á la presencia de lo incomprensible y trágico.)

DON RODRIGO

¡Lástima de rayo!

BEATRIZ

¡Callad! ¡Jesús!

(Trueno espantoso, seguido, hace retemblar la tierra. De pie en la galería, apoyada su fina mano derecha en una columnata, se encuentra el caballero, bien erguido su cuerpo, el ceño contraído y desdeñoso el gesto. Azota su descubierta cabeza el huracán y sus ojos tienen resplandores furtivos como los relámpagos que entre los celajes de los cielos aparecen. Muestra á lo lejos su inmensa mole el convento, de donde salen graves y reposados como jeremíaco cántico de dolor, las entristecidas notas del trisagio que allí cantan.

En poderosa sacudida se agitan los nervios del caballero. Lunático el mirar, murmura con fragorosa voz.)

DON RODRIGO

¿Qué suena á lo lejos? ¿Qué voces son esas? ¿Qué notas las que allá lloran? No temblad, cobardes; miradme á mí llamando á la muerte. No imploréis á Dios, infelices, que Dios no os escucha ni jamás escuchó á nadie. No lloréis, que lloren las mujerzuelas; reid como yo de la muerte, de todo... ¡ja... ja.. ja!...

(Encrespado el cabello y brilladora la mirada, ríe el caballero la blasfemia con su risa feudal y sonora.)

BEATRIZ

(Susurra apenas:) ¡Qué arrogante es! Arrogante como Luzbel y fiero y bello... bello sobre todo; de belleza diabólica, sí, pero belleza sobrehumana. Yo debiera temerle y le debiera escuchar con repugnancia, porque blasfema, y ni le temo ni en mis oídos suenan mal sus palabras fieras.

(Más espantoso cada vez es el multífono estruendo de la tempestad. El aguacero al caer, el huracán, el chocar unas con otras de las nubes, resuena terrible: con la grandeza de las ilusiones llega la melodía del canto religioso.)

BEATRIZ

¿Qué mágica influencia ejerce sobre mí? Ahogos siente mi pecho cuando me miran sus ojos; penas siente mi alma cuando le veo triste. ¿Qué será de mí? Amor, amor desventurado que suspiras por un imposible, ¿por qué no callas?

DON RODRIGO

(Con acento de loco.) ¡Mentira, todo es mentira en este mundo! Si la muerte se esconde allí, entre esos nubarrones pardos, ¿por qué no viene? ¿por qué no llega introduciendo el espanto entre todos? Todo es farsa, en nada creo.

(Suena potente la voz del caballero. A su reto

responde el trueno en son cada vez más terrible: pero su espíritu jamás conoció el miedo y sigue imperturbable, orgulloso en su osadía. La electricidad sacudió los nervios de Don Rodrigo en poderosa sacudida, y no sabe si sueña ó si delira. La hermosa virgen de cabellos de oro le mira, sintiendo en su pecho las tristezas del primer amor.)

BEATRIZ

Don Rodrigo, ¿sabéis lo que decís?

DON RODRIGO

¿Quién á mi lado se atreve á hablar? ¿Quién osa interrumpirme?

BEATRIZ

¿Olvidáis que estáis conmigo?

DON RODRIGO

Calla, mujer, mujer como todas, falsas, infames, mentidoras de amor, engendros del infierno... Pero no, no es mujer lo que mis

ojos ven. Es un ángel, ángel á quien adoro, por quien fallezco de amor... Beatriz, mi Beatriz, ángel todo pureza, ángel... Pero ¿hay ángeles acaso?

(Rayo instantáneo, seguido de estruendoso trueno, cayó... El altanero ciprés que erguía su puntiaguda copa hasta las más inconmensurables alturas, rodó, partido, por el suelo. Humo azulado y repugnante olor imperó en el jardín. Temblaron los cimientos del palacio... y siguieron cayendo á torrentes las gruesas gotas que de lo alto se desprendían.

En brazos de Don Rodrigo yace desmayada la bella Beatriz. Agítase el pecho del caballero en convulsivo temblor; mira la hermosa carga que en sus brazos descansa, y tras recrearse en ella largo rato, deposita en sus finos y contraídos labios un beso ardiente, largo, pletórico de amor...

La tormenta se aleja, cesan la lluvia y el huracán, suenan distantes los truenos, y de lo lejos llega esplendente el canto religioso del convento vecino: canto de fe, canto de esperanza.

ESCENA VI

Luce el sol esplendoroso como nunca. Acariciada la tierra por sus caliginosos rayos, le manda complacida tenue vaho que de sus húmedas entrañas se eleva como incienso de adoración. Entre los pomares pían los pájaros, mientras miriadas de ellos cruzan vertiginosos en alegres bandadas el purísimo azul. Entre el follaje de los árboles murmura la brisa su eoliano cántico y las flores abren sus esplendentes corolas, más bellas que nunca. Todo canta la alegría del vivir. Todo canta la alegría del amor, que es el más dichoso vivir. En el jardín pasea Don Rodrigo. Su morena y seca cara lleva impresa un sello de melancolía. Y su mirada es vaga, como si aquellos ojos, fieros de ordinario, año-

raran recuerdos placenteros en el amplio campo de la memoria. Junto á él camina Fermín, el cual ocupa junto al caballero aquel lugar que concedían los señores de otros tiempos á los que, siendo escuderos y vasallos suyos, eran á la vez también sus confidentes y amigos. El caballero camina monologando en voz baja. Los paseos están húmedos, y de las verdes hojas de los árboles pintean cristalinas gotas que en ellas depositó la pasada tormenta. Entre el follaje espeso, la mirada vaga del caballero contempla la monstruosa figura de un sátiro de bronce que estrecha entre sus peludos brazos á una desmayada diosa de desnudez marmórea. La cara chivuna del monstruo mitológico aparece repugnantemente unida á la de la blanca diosa. Aquel grupo escultórico trae á la mente de Don Rodrigo un recuerdo.

DON RODRIGO

(Suspirando) ¡El beso aquel, quemóme el alma!

(Su criado no oye sino el murmullo.)

FERMÍN

Las gentes del lugar dicen del señor mi amo.

DON RODRIGO

¡Sus labios abrasaban como ascuas!

FERMÍN

Las gentes del lugar dicen del señor mi amo. Y también de mi señora doña Beatriz.

DON RODRIGO

(Oyéndole.) ¿Qué murmuras, Fermín?

FERMÍN

Lo que las gentes dicen.

DON RODRIGO

¿Y á ti qué te importa lo que digan? ¿Acaso te has vuelto malediciente como la gente villana?

FERMÍN

Dios me libre de ello, que si yo presté atención á los decires de la gente, es porque murmuraban del señor mi amo.

DON RODRIGO

Y de mí, ¿qué decían?

FERMÍN

Hablaban de amores entre vos y mi señora doña Beatriz.

DON RODRIGO

¿Y eso te molesta?

FERMÍN

Sí que me incomoda. Pero es porque sé que al señor mi amo no le agrada.

DON RODRIGO

Sólo tú me comprendes, Fermín. Mas por esta vez pudieras equivocarte.

FERMÍN

¡Quiá, mi señor! Le conozco bien; desque era chiquitino... ansí de chiquitino. Y por eso no puedo equivocarme... Antes sí le gustaban las mujeres; vaya si le gustaban. Pero ahora, desde tiempo hace... ni verlas puede; son falsas, falsas todas...

DON RODRIGO

(Con sentimiento.) ¡Todas!

FERMÍN

Sí; todas lo fueron. Recordad. Ana María era muy bella, pero su corazón era negro como las penas. Isabel tenía la cara de un ángel y resultó un demonio. María Juana parecía una virgen y era...

DON RODRIGO

(Imperiosamente.) ¡Calla! No descubras las llagas que todavía me sangran.

(El silencio se hace. Y cabizbajos caminan señor y criado. A la mente del caballero acude el recuerdo. Salmodia tristemente.)

DON RODRIGO

¡Quemaban sus labios cuando la di aquel beso! ¡Y ella nada notó! ¡Estaba como muerta!

FERMÍN

¿Qué murmuráis, señor?

DON RODRIGO

Nada. Pero... oye. ¿Tú crees que todas las mujeres son iguales?

FERMÍN

Según. Las hay que son muy feas. Pero hay otras...

(Con impaciencia interrumpe el caballero.)

DON RODRIGO

No te pregunto eso. ¿Las hay buenas?

FERMÍN

Malas; todas son malas, muy malas.

DON RODRIGO

(Con ira.) Que los diablos te lleven, animal, ave agorera.

FERMÍN

Señor, me equivoqué al decirlo. Quise decir que las más son malas, pero que hay algunas buenas.

DON RODRIGO

¿Dícesme la verdad, Fermín?

FERMÍN

La verdad pura, mi señor. Y si mentira dije, que el diablo cargue con mi alma ó cómanme los lobos desconfesado, ó...

DON RODRIGO

Fermín, déjame solo.

(La voz del caballero es imperiosa. Fermín obedece y quédase Don Rodrigo á solas con su melancolía. La brisa trae el cercano y somnoliento murmurio de la fontana. Parece que sus aguas al correr van contando las desdichas del caballero.)

DON RODRIGO

(Murmura quedamente; su mirada es de loco.)

Quemábanla los labios cuando la di aquel beso. Y de entonces arde mi corazón.

(Por el extremo del paseo avanza Beatriz. Con las sombras de los milenarios árboles, parece núbil diosa que de los mágicos jardines de Chipre llegara.

Beatriz está pálida y triste como princesita encantada. Y el caballero sigue murmurando quedamente, con son de plegaria quejosa.)

DON RODRICO

¡Quemábanla los labios! ¡Cómo me duele el alma!

(Beatriz le ve y le saluda. La sonrisa de sus labios, parece lamento.)

BEATRIZ

¿Paseáis, Don Rodrigo?

DON RODRIGO

Sí. ¡Está el día tan hermoso!

BEATRIZ

Es verdad. Nunca como ahora vi tan azul el cielo, ni nunca como ahora cantaron tan alegres los pájaros. ¿No sentís el perfume de las flores más penetrante que nunca? Miradlas, qué bonitas todas... ¡Parecen corazones! Y sonríen al sol, que es su amor.

DON RODRIGO

¿Os gustan las flores?

BEATRIZ

Mucho.

DON RODRIGO

Si vos quisierais yo haría un ramillete. Y en él pondría las más bellas. Y como recuerdo os le dejaría.

BEATRIZ

Si me le dais, eternamente le guardaré.

DON RODRIGO

¡Se marchitan tan pronto las flores! Y una vez secas no os gustarán. Saldréis al jardín y veréis muchas, fragantes y bellas. Y olvidaréis entonces á las otras, que estarán mustias, como corazones desengañados.

BEATRIZ

Siendo vuestras las flores, en una urna de oro las guardaré.

(Lentamente caminan por los senderos. De trecho en trecho corta el caballero una flor. Sus manos rebosan de ellas.)

DON RODRIGO

No sólo flores os daría yo en el ramillete. Si pudiera colocaría en él mi corazón. Tomadlas todas. Y mañana, cuando ya no me veais, sirvan ellas como recuerdo de aquel caballero que tenía el alma enferma y el corazón llagado.

BEATRIZ

¿Persistís en la idea de dejarnos hoy? ¿No retardáis algo la ida?

DON RODRIGO

Nada me queda por hacer aquí.

(Hay un silencio. La dama no ríe. Ve imposible su amor, y su alma sensitiva llora el primer desengaño, tal vez el último.)

BEATRIZ

¡Ay!...

DON RODRIGO

¿Qué tenéis?

BEATRIZ

Pinchóme una flor...

DON RODRIGO

¡Hasta las rosas tienen espinas!

BEATRIZ

Mirad qué honda la tengo.

DON RODRIGO

Mano de nieve, transparente como el cristal. ¡Bien supo la espina dónde se clavaba!

BEATRIZ

Mana sangre.

DON RODRIGO

Sangre preciosa. Vale un tesoro, como el mejor rubí.

BEATRIZ

Os arden las manos, Don Rodrigo.

DON RODRIGO

Y el corazón también.

(Caminan en silencio, pálidos los semblantes y brilladoras las miradas. En el azul del cielo dibujan los pájaros, sombras de un instante, fugaces y rápidas. Y de la fontana rueda el murmurio lento y monótono de sus aguas.)

BEATRIZ

¿En qué pensábais?

DON RODRIGO

En nada... Sentía... ¡Sois tan bella!... ¡Cómo os querría si supiera!...

BEATRIZ

¿Qué?

DON RODRIGO

¡Si supiera que algún día pudierais amarme!

(Beatriz suspira. Y las flores comienzan á caerse de sus manos que tiemblan. Siente el caballero como si el corazón le creciera en el pecho y no cupiera en él: sugestionado la miraba é inconscientemente atrae hacia sí á la bella, que le mira ruborosa, hecha su cara un incendio; incendio de amor que abrasa las mejillas y abrasa el alma.

Los antes fríos labios del caballero hablan de

amores; la felicidad llora por los ojos turquesas de la rubia virgen de cabellos de oro; el vaho de la tierra envuelve á los enamorados como nimbo esplendente; ríe el sol desde las alturas; pían los pájaros sus amores con encantadora melodía; las mariposas cuentan idilios á las flores... y el agua de la fuente ríe alegre con cristalino balbuceo...)

FIN DE LA JORNADA PRIMERA

JORNADA SEGUNDA

ESCENA PRIMERA

Es en el fondo de un zaguán anchuroso y antiguo, al que apenas llegan los rayos del sol, que entonces enciende con sus rayos ardorosísimos el empedrado de las calles y los terruños ásperos de la campiña. Semi entornada la portalona de entrada y la que al patio da, yace en penumbra tenue, lo cual hace que no se noten los ardores de aquel estival medio día. En el centro del portalón hay cuatro grandes columnas de granito fino con recias argollas de oxidado hierro y con borrosos escudetes. Sostienen éstas, dos grandes vigas, en las cuales se apoyan otras muchas que completan la armazón del techo, todo él pintado de amarillo. Cabe los blancos y enjalbegados muros yacen, á

éstos adosados, dos rústicos bancos de dura madera, en los que medio tendidos se hallan los cansinos cuerpos de Fermín y Miguel. A los pies de éstos hay un jarro, que si de vino no está lleno, fáltale poco, aunque á juzgar por las caricias que de cuando en cuando le hacen los viejos, es de suponer que ha de tardar poco en hallarse, no ya medio, sino sin rastro ni señal de lo que antes contuviera y fuera rosado, cristalino y sabroso licor.

MIGUEL

Bien merece lo sucedido un excesillo.

FERMÍN

Y algo más. ¡Si me parece que vuelvo á mis buenos tiempos, cuando por tener menos años tenía más fuerza y más alegría! Pero no... más alegría no... que tengo ahora más que nunca. Trae vino, mi amigo, trae vino; pues beber quiero como entonces.

MIGUEL

También yo, que en estos casos acompaño como el que más y no deshago juego.

FERMÍN

Pues venga el jarro y á verlo.

(Sendos tragos pasan por los anchos gaznates de ambos viejos: sus caras se ponen rosadas y rojizos los ojos, centellean.)

FERMÍN

Cuidadito con cejar. ¡Eh!

MIGUEL

Como tú no recules, lo que es por mí, hay para rato.

FERMÍN

Pues de este jarro ya dimos finiquito.

MIGUEL

Más traerán. (Llamando.) ¡Colás!...

(Un mocetón de cara tostada y ojos simples,

entra al llamamiento. Su boca ríe siempre con risa tonta, idiotizada.)

COLÁS

¿Qué mandan?

MIGUEL

De la tina más vieja, la de la cueva... ¿sabes?... la de lo más añejo, traerás un cántaro... Y prontito... ¿sabes?

COLÁS

Sí, sé; sí siñor, si sé.

MIGUEL

Pues á prisa, gandul. Anda á allá.

(Riendo marcha Colás, y serios quedan los dos viejos, que se miran.)

FERMÍN

¡Quién lo diría, camarada!

MIGUEL

¡Ya, ya! Aunque yo bien me alegro.

FERMÍN

Y yo más. ¡Vaya una suerte la de mi señor! Porque doña Beatriz es un fililí. No hay por donde desecharla. Es más buena que Dios. ¡Y más bonita!...

MIGUEL

Lo mejor de la casa, Fermín; lo mejor de la casa. Aunque tampoco es de lo peorcito tu amo Don Rodrigo.

FERMÍN

Sí, sí, ¡de lo peorcito! Como él no hay otro en el mundo.

MIGUEL

Tal para cual los dos.

FERMÍN

¡Y que lo digas!

(Hay una pausa: miran los dos camaradas hacia el fondo del zaguán, por donde antes marchó Colás en busca del vino. Este aparece por el fondo y lleva en las manos una cántara de cocido

barro, de la que asoman por la desdentada boca algunas rojizas burbujas que el movimiento hace salir fuera.)

MIGUEL

¿Tráeslo de lo bueno?

COLÁS

De lo mejor, sí, siñor; de la tina más vieja.

MIGUEL

Pues echa acá en el jarro.

COLÁS

Apare.

MIGUEL

Ya está lleno. ¿Bebiste Colás?

COLÁS

Bebí, sí siñor.

MIGUEL

Pues anda á lo tuyo, que aquí falta no haces.

(Riendo marcha Colás, y guiñando los ojos de estúpida expresión, murmura):

COLÁS

¡Jú, jú, jú! Presto fincáis; ¡jú, jú, jú!...

(De manos en manos, pasa el jarro, y manos y bocas le sostienen, mientras los gargueros trasiegan á más y mejor sin darse apenas momento de reposo.)

FERMÍN

¿Y dices que escuchaste?...

MIGUEL

Sí, lo oí todo. Verás... Estaban nuestros señores Don Pedro y Don Rodrigo...

FERMÍN

Don Rodrigo y Don Pedro.

MIGUEL

No; Don Pedro y Don Rodrigo.

FERMÍN

Dirás primero Don Rodrigo.

MIGUEL

Diré primero Don Pedro, que Don Pedro es mi señor... y siempre el primero.

FERMÍN

Miguel... ¿Quieres que te atieste un gaznatazo?

MIGUEL

¿A mí?... Dame si te atreves.

(Saltones los ojos, míranse coléricos los viejos, mientras se alzan amenazadores sus puños contraídos. Pasa un rato, y poco á poco pierden sus nervios la tirantez que tenían y torna la tranquilidad á retratarse en sus semblantes.)

MIGUEL

¡Si no fuera... mirando!..

FERMÍN

Sigue, sigue en lo de enantes. Y primero... bebamos.

MIGUEL

Sí, bebamos...

(Y los interrumpidos tragos se repiten con el mismo, ya que no mayor, entusiasmo de antes.)

FERMÍN

¿Decías?...

MIGUEL

Que estaban á solas nuestros señores; en el salón aquel de los retratos. ¿Sabes? Y hablando, oi que decía Don Rodrigo: Noble soy, Don Pedro.

FERMÍN

Muy bien dicho.

MIGUEL

Y mi señor contestó: Por tal os tengo.

Siguió Don Rodrigo: Mi nobleza y mi alcurnia bien probadas están...

FERMÍN

¡Mil rayos! Razón tenía al afirmarlo. ¡Tan noble como el rey!

MIGUEL

Mi señor le dijo: Nunca en duda lo puse... pero... ¿por qué me decís esto? Y tu señor contestó entonces: Porque no penséis nunca que el aceptar lo que á proponeros voy, va en mengua de vuestro honor y fama. Y á seguida díjole que, prendado de la hermosura y cualidades de mi señora doña Beatriz, tenía el honor de pedirle su mano como á jefe y cabeza que era de esta nobilísima familia.

FERMÍN

Muy bien, pero que muy bien... ¿Y Don Pedro qué contestó?

MIGUEL

Pues dijo... Quiero demasiado á mi hermana para que ni aun intente obligarla á nada; si ella os quiere, yo desde ahora, con el beneplácito de mi buena madre, que creo no se opondrá á nada, podéis contar con mi aquiescencia para ello. Ahora, si ella no os quiere, yo, por mucho que estime y agradezca vuestra petición, jamás forzaré su ánimo.

FERMÍN

Así hablan los hombres...

MIGUEL

Y que lo digas.

FERMÍN

¿Nada más sabes?...

MIGUEL

¿Qué más necesitas? Cinco días ha que ocurrió aquello y aún seguís en esta casa... Señal de que se os quiere en ella.

FERMÍN

Razón tienes; bebamos.

MIGUEL

Bebamos por ellos.

FERMÍN

Llena el jarro.

MIGUEL

Ya está. Bebe y brinda.

FERMÍN

Por su salud... por Doña Nieves... por Don Pedro y por mis señores Doña Beatriz y Don Rodrigo. Porque sean felices...

MIGUEL

¡Bravo, mi amigo... mi camarada!

(Fermín bebe en el repleto jarro con tales ansias, que no parece sino que allí está su vida; el brindis, salido de lo más hondo del corazón, le entusiasma, y ciego, bebe, bebe sin cesar, hasta dar fin de la última gota que en el jarro había. Por su parte, Miguel, electrizado por el ejemplo de su compañero, coge la cántara, y tras brindar con el pensamiento, bebe hasta quedar saciado. Y míranse los dos entonces, poco seguras las cabezas ya.)

FERMÍN

¿Y por nosotros?

MIGUEL

Por nosotros... por nosotros... por todos...

(Y con lágrimas de los dos se abrazan, y abrazados caen en el duro escaño de labrada madera. En la penumbra aparece la estúpida cara de Colás, el idiota.)

COLÁS

¡Jú, jú, jú! La colambre de los viejos se rezuma; bebe tú, Colás, bebe tú, y después á dormir, ¡jú, jú, jú! á dormir.

(Ríe el idiota mientras bebe de la cántara. Y en tanto pintean en el suelo las heces del vino que por la boca de los viejos resbalan.)

ESCENA II

Terminó el día, y al huir la luz adueñáronse las sombras de la tierra. En el cielo azul obscuro, parpadean los luceros y sus lucecillas se destacan brilladoras en la nocturnidad sombría. De rato en rato alguna estrellita huye velocísima, y en su carrera rápida deja en pos luminosa estela, fugaz como la dicha, y como ella brilladora. Suena el cántico de los grillos, fuerte y monótono cerca y apagado en las lejanías que no se ven, aunque se adivinan; rueda el cantar de las ranas que en el estanque viven, con persistencia anómala, y del cercano convento llega el lúgubre graznido de autillos y lechuzas, en algarabía diabólica, como si cientos de brujas celebrasen fantástico aquelarre. Dos sombras

andan por el jardín y apenas si se perciben entre la umbría de los árboles. Hablan en baja voz, que se confunde con los rumores de la brisa, que suenan apagados, somnolientos.

DON RODRIGO

¿Por qué tiemblas, Beatriz?

BEATRIZ

Por mi madre tiemblo. ¡Si ella supiera que á estas horas... y á solas contigo, estoy aquí! ¿Qué diría?

DON RODRIGO

¿Qué había de decir? ¿No nos queremos? Pues ¿por qué no buscar la rumorosa soledad de la noche, ¡tan llena de poesía!, para hablarnos de nuestro cariño? ¿Es falta acaso el amarnos?

BEATRIZ

Pienso que no; pero... amor ¿disculpará locuras?

DON RODRIGO

¿De qué locuras hablas, mi bien? ¿Locura estar contigo?

BEATRIZ

¡A estas horas!...

(Siente Don Rodrigo sublevarse su orgullo antes dormido, á las protestas de la hermosa, y con acento seco sin mezcla de pasión, dice á tiempo que se para altanero.)

DON RODRIGO

Si pesarosa estás, puedes volverte.

BEATRIZ

¿Por qué juegas con mi corazón, Rodrigo? ¿A qué esas palabras, si sabes que la vida daría yo por complacerte? ¿Es que gozas con hacerme sufrir? ¡Sabiendo lo que te amo!...

(La rumorosa quietud del jardín es rota por los sollozos de la enamorada, imposibilitada de con-

tenlos. Se estremece el caballero, que murmura acariciante.)

DON RODRIGO

¡Perdóname, mi Beatriz! ¡Mi vida! ¡Perdóname... y no llores! ¡Amor de mi alma, no llores!... que con tu llanto me destrozas el corazón. No ves... si casi lloro yo también... Yo... yo... llorar...

(Y terminó con una imprecación rabiosa, desesperada, al ver que sus ojos se humedecían.

Al través de sus lágrimas ríe Beatriz como riera una virgen en sus momentos de éxtasis.

Y callan los dos, sintiendo en sus pechos las ternuras del bien amar. Hay una pausa.)

BEATRIZ

¡Qué hermosa está la noche! ¿Verdad?

DON RODRIGO

Sí, muy hermosa... como tú casi.

BEATRIZ

¿De verdad lo dices, Rodrigo? ¿Te lo parezco á ti?

DON RODRIGO

Sí; de verdad lo digo. Y lo digo porque lo eres; si no me callaría.

BEATRIZ

Si á ti te lo parezco, estoy contenta.

(Por la obscuridad caminan, enlazados los brazos y aspirando las caricias de miradas que se adivinan.)

BEATRIZ

Se respira misterio.

DON RODRIGO

¡Misterio! Por eso amamos la noche. En ella todo es trágico y desconocido. Y en su busca vamos, oprimido el corazón en espera de lo inesperado...

BEATRIZ

El día es alegría.

DON RODRIGO

Y el día y la noche amor, siempre amor. Rey de los corazones, señor del alma. Si la alegría nos domina con su cadena de risas, buscamos el día para gozar la vida; cuando la pena nos embarga, amparamos nuestra melancolía en lo sombrío de la noche, y en su silencio y soledad hallamos consuelo... ¿Sentiste alguna vez pena?

BEATRIZ

Cuando contigo no estoy, sí. Y en este jardín, á solas con mi pensamiento, sin tenerte á mi lado, te veo y oigo tu voz que suena dulcemente en mi pecho. Y algunas veces también, lloro... lloro como una Magdalena al pensar en ti...

DON RODRIGO

¡Bien mío! ¿Por qué llorar?...

BEATRIZ

Porque no te tengo. ¡Qué mayor dolor!

DON RODRIGO

Calla, no me apenes con tus tristezas. Bien sabes que seremos felices, muy felices. Y eso muy pronto. Cuando dentro de poco te lleve conmigo para nunca más separarnos.

BEATRIZ

¡Sufro tanto cuando no te veo! ¡Y es tan interminable el tiempo que á mi lado no estás!

DON RODRIGO

¡Interminable!... También á mí me lo parece y sufro como tú los dolores de la ausencia.. ¡También tengo corazón!

BEATRIZ

¡Ay, mi Rodrigo!

DON RODRIGO

¿Sabes lo que me consuela? Nuestra dicha del mañana. Mira... cuando allá, lejos de ti, se inunda el alma de tristeza, pienso en nuestra felicidad futura y viene el consuelo á mí. Te veo á ti, hermosa, más... más hermosa que nunca, jurarme fidelidad ante un altar de Dios y en presencia de los hombres: dicha suprema, pues santificando nuestro amor nos unimos por siempre.

BEATRIZ

Por siempre, sí; por siempre.

DON RODRIGO

Después vienes conmigo, á la casona aquella en que vivo, que sentirá nueva vida al contemplar tu hermosura. Y allí solos, siem-

pre solos, nos amaremos sin que nada turbe nuestro idilio, pues sólo el sol y los luceros que ahora nos miran, sabrán que en aquella casona, siempre triste y solitaria, anida la dicha que engendró un amor puro.

BEATRIZ

Dios lo quiera.

DON RODRIGO

Dios lo querrá, no lo dudes. ¿Por qué había de labrar nuestra desdicha? Ni en Él creía antes. Y ahora sí creo; creo porque te amo, y porque aun después de muerto quiero amarte, amarte siempre, siempre...

BEATRIZ

¡Qué dicha! Ni aun soñada es tan grande. ¡Y cómo se alegra el corazón al divisarla posible!

DON RODRIGO

Posible ya lo es. ¿No me amas tú?

BEATRIZ

¡Rodrigo!...

DON RODRIGO

Dímelo, dímelo. Que yo lo oiga de tus labios... dilo.

BEATRIZ

¿Ya no lo sabes?

DON RODRIGO

Sí, pero quiero oírtelo otra vez; quiero de nuevo escucharlo, para loco de felicidad embriagarme con la ambrosía de tus labios, en un beso, que ¡ójala! fuera interminable.

BEATRIZ

No, no; un beso no; nunca.

DON RODRIGO

Sí, un beso; aunque sea el único... aunque después venga la muerte... uno, uno... aunque sea solo.

BEATRIZ

Más tarde, Rodrigo... Ahora no, no...

DON RODRIGO

Ahora sí. ¿No ves que fallezco de amor? ¿No ves que me matas? ¡Porque no me amas!... Hora malhadada fué en la que te conocí.

BEATRIZ

Rodrigo, mi Rodrigo... sí, sí te quiero... sí te adoro, sí...

(Como canción de amor la más sublime, resuena el apagado restallido de un beso. La brisa con sus rumores le remeda. Canta cercano un ruiseñor, y á lo lejos, en los trigales, canta una codorniz. En la lejanía, y por lo más cimero de los árboles, aparece la luna en creciente, difundiendo tenue claridad con sus rayos albos. Los enamorados aparecen unidos en estrecho y convulsivo abrazo. Y la luna al iluminar aquel idilio, deja un beso en la pálida frente de la virgen rubia.....

Por los espesos senderos caminan los galanes. Las sombreadas pupilas míranse con fijeza. Y los alientos salen entrecortados de los pechos inquietos.)

DON RODRIGO

¡Suspiraste, Beatriz!

BEATRIZ

Sí. Es que ya nuestro amor no cabe en el pecho. Y por eso sale en forma de suspiro.

DON RODRIGO

¡Suspiro dichoso; quien entrara en ese pecho de donde tú sales!

BEATRIZ

¡Mi bien! ¡Ya estás tú en él.

(Lentamente caminan los dos, enlazados los brazos. A través de la tupida verdasca de los árboles, llega á ellos la luna con sus rayos albos. Las alargadas y fantásticas sombras de los enamorados, se confunden.)

DON RODRIGO

¡Qué frente tan pálida la tuya, gacela!

BEATRIZ

Frente de enferma; de enferma de amores.

DON RODRIGO

Con el calor de mi pecho sanarás.

BEATRIZ

Tu pecho es traicionero. Y su calor me dañaría.

DON RODRIGO

Mi pecho es firme; mi pecho te adora.

BEATRIZ

Como el sol á las flores. Amor altruista. Las ama, porque sabe que sin su amor morirían.

DON RODRIGO

No. Dirás más bien como las flores al sol. Amor que es egoísmo. Le aman, porque aquel amor es su vida. Tú eres mi sol; sin tu cariño se agostarían las flores de mi alma.

ESCENA III

El salón es amplio y vistoso, y los muebles, todos antiguos, le dan un aire de severidad que impone. Del muro penden hasta una docena de retratos, copias fieles de la dinastía de los Vélez de Luna, raza insigne que dió á su patria multitud de ilustres varones, prez y gloria de aquel rincón castellano. Sobre los juveniles hombros de Don Pedro Vélez de Luna pende hoy todo el peso de las glorias que sus antecesores conquistaron, por ser el único varón de aquella raza que dió al mundo sabios insignes, guerreros valerosos y anacoretas santos. En compañía de su madre hállase el de Vélez, y con éste Don Rodrigo, el Capellán y Fray Juan. Es tarde ya, y por las vidrieras del salón, todas

llenas de colorines, entran los rayos postreros de un sol que hacia su tumba camina con la ciega inflexibilidad de lo inevitable.

FRAY JUAN

¿Decíais que aquel que luce el hábito de la Compañía de Jesús se llamaba don Enrique de Vélez?

DON PEDRO

Así es en efecto; y el tal don Enrique fué muy grande amigo de San Ignacio el de Loyola. Cuentan las crónicas que en el archivo tenemos, que los dos fueron compañeros de armas durante el sitio de Pamplona y que allí se distinguieron ambos por sus proezas singulares. Más tarde, cuando el de Loyola fundó la célebre Compañía, mi deudo don Enrique dejó de ser mílite y trocó la armadura por el hábito de los de Jesús.

EL CAPELLÁN

¡Gran maravilla!

DON PEDRO

Y tras pelear por sus reyes con las armas, como buen caballero, sirvió después á la religión, muriendo al fin en Roma, dicen que en olor de santidad.

FRAY JUAN

Grande familia fué la de vuestros ascendientes, puesto que la honraron santos varones.

DOÑA NIEVES

¡Ah! Y no penséis que fué sólo don Enrique el que dedicó su vida en servicio del Señor. Un sobrino del jesuíta, monje también, y llamado Pedro como mi hijo, partió en compañía de fray Bartolomé de las Casas para las Indias. Y esto sin olvidar al célebre Papa Luna, conocido con el nombre de Benedicto Treceno, el cual también pertenecía á nuestra familia.

EL CAPELLÁN

Gran familia, Doña Nieves; gran familia. Con razón se vanaglorian de su sangre.

FRAY JUAN

¿Y hubo santos también entre los vuestros, Don Rodrigo?

DON RODRIGO

Pienso que no, ó al menos, que yo sepa, no están canonizados.

EL CAPELLÁN

Alguno habrá de vida ejemplar.

DON RODRIGO

De vida ejemplar fueron todos.

FRAY JUAN

¿Y ninguno de ellos vistió hábitos?

DON RODRIGO

Sólo los estudiantiles, y esos sin abandonar la espada. De los demás hábitos fueron grandes amigos y respetuosos admiradores. En las viejas crónicas de casa leí no ha mucho algunos sucesos, fieles demostradores de la simpatía que toda mi ascendencia profesó siempre á la gente de cogulla.

FRAY JUAN

¿Sí?...

DON RODRIGO

Vos lo colegiréis por el siguiente hecho verídico á todas luces, según testimonio de mis crónicas y el de la tradición popular. En el siglo once, uno de mis antepasados, don Rodrigo Méndez de Quirós, como yo se llamaba, presentó una querella al Abad de un convento que por aquellas cercanías se hallaba. Tratábase de que sin su permiso las gentes del convento se permitían, no sólo

cazar y hacer leña, sino disponer como señores en un magnífico bosque que él tenía por las inmediaciones. Que el bosque era suyo decían los frailes, siendo así que no era, y que si es, que si no es, pasaba el tiempo, renegando el de Quirós y alegres los frailes. Pero fué el caso que cierto día, algunos de la Comunidad zarandeáronle de azotes, sin causa ni motivo justo, á un pajecillo del de Quirós, y aun se permitieron algunas festivas chanzas, de palabra por supuesto, con el buen nombre de su casa, lo cual, acabando con la paciencia del pacienzudo caballero, hizo que éste montase en cólera y que juntamente con los de su casa, se dirigiera al bosque causa de discordia y allí, con gran esfuerzo y buena voluntad, comenzaran su tala. Y una vez que terminada fué, cargaron todos con la leña que pudieron y caminaron, ya de noche, hacia el convento, en donde serenamente dormían los buenos frailes.

Y en llegados que fueron, desparramaron el combustible que llevaban, que no era poco, y lo encendieron las pobres gentes, pensando en su inocencia que les vendría bien á los frailes el calor de las llamas, por ser muy fría la noche y estar helando entonces. Y cuando al siguiente día salió el sol, sólo vió ya del convento las últimas llamaradas que de sus escombros salían.

FRAY JUAN

¿Y de los frailes, qué fué?

DON RODRIGO

Cuentan que todos perecieron achicharrados.

EL CAPELLÁN

¡Jesús! ¡Jesús cien veces!

(Viendo la asustadiza y asombrada cara de los dos clérigos, rebósale el gozo al caballero, y si bien á la cara no le asoma, es, y no por otra cosa, por no perder la seriedad caracterísca en él.

Don Pedro sonríe mostrando el albor de sus dientes, y Doña Nieves, ni triste ni risueña, contempla la diversidad de sentimientos que los allí reunidos experimentan: terror Don Antonio, el Capellán viejo y bonachón, de semblante infantil; cólera Fray Juan, el de cuerpo huesudo y joven, y cara de asceta; indiferencia risueña su hijo Pedro, y satisfacción Don Rodrigo, el altivo y desdeñoso.)

EL CAPELLÁN

Pero ¿es verdad lo que decís?...

(Contestación seca sale pronta de labios del caballero, con tal tono que asustó al buen cura, de suyo medroso como los tímidos cervatos.)

DON RODRIGO

Sólo verdad dicen mis labios siempre, y pensar lo contrario es ofensa que no tolero nunca.

(Interviene la anciana con su voz débil.)

DOÑA NIEVES

Tradición es esa que hasta aquí llegó ha

ya mucho, y testigos son los restos del convento que todavía perduran. ¿No es así, Don Rodrigo?

DON RODRIGO

Así es, sí, señora. Y en las ruinas aún se ve la inscripción que dice cómo fué mandado destruir aquel convento por Don Rodrigo Méndez de Quirós.

FRAY JUAN

¿Y quedó sin penar?

DON RODRIGO

Tenía muy buenos puños el de Quirós para sufrir castigos de nadie.

FRAY JUAN

En el cielo le tendrá aquel infame.

(Herido en su orgullo, replica el caballero con gran voz. Y la escasa luz que por las vidrieras entra, proyectan su sombra como la de gigante paladín de otros tiempos.)

DON RODRIGO

Poco á poco... ¡seor cogulla! Poco á poco y no califiquéis á nadie, porque sangre de ese que decís... es la mía. Y valor no me falta para repetir lo que él hizo antes. Y aun si me lo propusiera, acabar con toda la... gente que viste sotana. Sabedlo.

(Como arrinconado ratón está el Capellán, y es tal el pánico que sufre, que á serle posible, ha ya mucho tiempo que de la presencia, para él diabólica, del caballero, se habría librado con no poca presteza y buena voluntad, pues estaba de azorado, desde largo rato hace, como gazapo en boca de mastín, ó como alondra en garras de milano. En cambio el fraile no teme á Don Rodrigo; aunque muy excitado por sus palabras, de buena voluntad le anonadaría con algún terrible anatema. Y el caballero, por su parte, en pie y bien erguido el cuerpo, cruza su mirada retadora y clara con la incisiva y hundida de Fray Juan.)

FRAY JUAN

¿Son amenazas? ¿Sabéis las potestades que Dios Nuestro Señor nos concedió á nosotros? ¿Sabéis que podemos anatematizar al impío? ¿Y cerraros las puertas de la Iglesia y la Comunión?

(El fraile habla hundidos los ojos y con la brillantez del acero en su mirada. Y su cara amarillenta y seca, y su cuerpo huesoso y erguido, con el brazo diestro levantado en actitud amenazante, le dan, en la penumbra del salón, aire de nuncio de desdichas, de apóstol de exterminio.

Apaciguar los ánimos procura Don Pedro, mas en balde su intención, pues ya el caballero contesta retratado el desdén en su semblante.)

DON RODRIGO

¡Pobre fraile! ¡Ja, ja, ja!... Anatemas á mí... ¡Ja, ja, ja!... Anatemas á mí...

Sepultóse el sol en su ocaso. Por las amplias vidrieras de colorines penetra la luz del crepúsculo. Y en el salón reina suave penumbra que, poco á poco, se torna en sombras de misterio...

ESCENA IV

Un saloncito. En algunos floreros y búcaros se marchitan infinidad de flores. Un mirlo aprisionado, silba en la jaula. Y por las ventanas penetra aureola de luz. Beatriz y sus primas Inés y Antonieta, bordan en oro una casulla para el viejo Capellán.

INÉS

¡Pobre Don Antonio! ¡Qué susto se llevó anoche!

BEATRIZ

Ya me lo dijo Rodrigo. Creo que le echaba exorcismos como si fuera el mismo demonio.

ANTONIETA

Nuestro Capellán tiene el alma infantil.

BEATRIZ

Como que, á pesar de sus años, cree en las brujas y en el mal de ojo.

INÉS

¡Bueno! En las brujas creen muchos.

ANTONIETA

Y tú también. ¿Verdad?

INÉS

Según las horas. Por el día me río de ellas. Pero por la noche...

BEATRIZ

Parece que ves sus ojos y te da miedo.

INÉS

Algo. Pero es cuando estoy sola. ¡Parece que me miran y oigo su respirar!...

ANTONIETA

Lo mismo me ocurre a mí.

BEATRIZ

Y á mí también.

(Las tres ríen, y resuena su reir en el saloncito. Los búcaros y floreros tiemblan, oscilantes, sobre las labradas y pulidas mesillas.)

ANTONIETA

Es cosa rara el miedo. Nos reimos de él y luego le tenemos todos.

BEATRIZ

Algunos hombres no le conocen.

INÉS

Porque son hombres. Si yo lo fuera, jamás lo tendría.

ANTONIETA

¡Anda! Lo mismo que ahora. ¿Qué puede un hombre junto á las brujas y los aparecidos?

INÉS

Nada. Pero ya ves, Don Rodrigo jamás sintió miedo.

ANTONIETA

Porque tiene un corazón muy esforzado.

BEATRIZ

¡Corazón de león!

INÉS

¿Dónde anda ahora?

BEATRIZ

De caza partió muy de mañana. Es su mayor placer.

INÉS

Placer de nobles. ¿Y estará mucho tiempo aquí?

BEATRIZ

Hoy mismo se marcha.

ANTONIETA

Vaya un enamorado. Anda cazando en lugar de estar contigo.

BEATRIZ

Fué un compromiso de mi hermano. Salió con él á correr unas liebres. Ya sabéis lo que es Pedro. Como á él le gusta tanto la caza, piensa que todos son iguales. Y creyendo obsequiarle, se le ha llevado, que si no él por su parte no me dejara.

INÉS

¿Y tu madre?

BEATRIZ

Rezando la dejé hace poco rato.

INÉS

Ahora estará algo triste la pobrina.

BEATRIZ

¿Por qué ha de estar triste?

INÉS

Por tu boda y porque la dejarás luego.

BEATRIZ

¿Dejarla sola? Eso no es ley de Dios.

ANTONIETA

Sí lo es, sí. El otro día leí en la Biblia un trozo que decía que la mujer abandonará á su padre y á su madre para seguir al marido, y que no tendrá más ley que la de éste. Y

además añadía una cosa que me llamó extraordinariamente la atención, y era que decía que marido y mujer serían dos en una misma carne. Ya ves cómo es ley de Dios seguir al marido, puesto que la Biblia lo dice.

BEATRIZ

Pues aunque ley de Dios sea, yo... jamás abandonaré á mi madre. ¡Pobrina! ¡Tan achacosa como está!...

ANTONIETA

Y si él te lo manda, ¿qué haces entonces?

(Ante los ojos de la bella aparece la ineludible ley que encadena á la mujer; pero consciente de su fuerza ó de la bondad del escogido, murmura con la sublime sencillez de heroína de égloga.)

BEATRIZ

Rodrigo no lo mandará.

ANTONIETA

¡Quién sabe! Los hombres sienten placer en tiranizar.

INÉS

Y además, Don Rodrigo es muy orgulloso.

BEATRIZ

Pero noble y bueno.

INÉS

¡Cómo le quieres!

BEATRIZ

¿Por qué no reconocerlo? Es verdad; le quiero mucho, mucho. Desde el momento que le vi, fué suya mi alma. ¡Ya veis si es antiguo mi querer!

ANTONIETA

¡Y hondo!

BEATRIZ

¡Como que está encerrado en el corazón!

INÉS

¡Qué dichosa serás! ¿Te quiere él mucho?

BEATRIZ

¡Mucho!

ANTONIETA

Oye... No te incomodes ¿eh? Pero voy á preguntarte una cosa. ¿Me dirás la verdad?

BEATRIZ

¿Por qué no?

ANTONIETA

Es una tontería. ¿Sabes? Pero como soy tan curiosa... Además, puedes estar tranquila, que á uadiə diré nada.

BEATRIZ

¿Acabarás?...

(La curiosa murmura quedamente, ávidos los ojos.)

ANTONIETA

Oye. ¿Cuántos besos te ha dado tu Rodrigo?

BEATRIZ

¡Qué cosas tienes, Antonieta! Mentira parece que me preguntes eso. ¿Cuándo has visto tú que una doncella honesta?...

ANTONIETA

¡Qué retontona! Haber si vas á ser la primera...

INÉS

Ni la última.

BEATRIZ

¿Te besó á ti Fernando cuando fuisteis novios?

ANTONIETA

¡Bueno! Toditos los días. Igual que te ocurrirá á ti.

BEATRIZ

No; á mí todos los días no.

ANTONIETA

(Con malicia.) ¡Pero algunos sí!

BEATRIZ

Sólo una vez. ¡Pero yo no quería!

ANTONIETA

Ya querrás, ya querrás. Después del primero, seguiditos los otros.

(Las risas se repiten. Y la cara de Beatriz se aureola de rosa.

Al través de los muros, llegan ladridos. Y con ellos el pataleo de unos caballos.)

INÉS

Los cazadores llegan.

BEATRIZ

Vamos á verlos.

(Desde el ventanal se divisa á los caballeros. Estos saludan. Y poco después, precedido por un fino lebrel, entra Don Rodrigo en el salón. Todos le saludan.)

DON RODRIGO

¡Cómo se trabaja!

INÉS

¿Qué hacer? Es ley la del trabajo que no elude á nadie y obliga á todos, ricos y pobres, sabios y necios, sin distinción de sexos ni edades, cada uno según la medida de sus fuerzas y aptitudes.

BEATRIZ

¿Tú en qué trabajas, Rodrigo?

DON BODRIGO

¿Yo?... Que sepa en nada.

ANTONIETA

Pues aprenda de nosotras y enmiéndese, que gente parada, mal pensamiento.

DON RODRIGO

¡Paréceme que ese trabajo es poco trabajoso!

INÉS

Pues ya lo creo que lo es. Y de mucho peligro por los pinchazos.

DON RODRIGO

Sería una lástima que manos tan primorosas...

ANTONIETA

(Con burla.) Manos de reinas.

DON RODRIGO

¡Manos de princesas de encantamiento! Señoriles y pálidas.

(La charla amena y deleitosa, sigue surgiendo á borbotones como las límpidas aguas en los veneros naturales.

Pasa algún tiempo. Las lindas primitas se marchan, y los enamorados quédanse á solas. Y con ellos Medoro, el fino lebrel de piel manchada y larga cola.

Los dos amantes callan, pues cuando con demasiada intensidad siente el corazón, las palabras andan tardías y torpes, aunque las pasiones del ánimo, si bien son expresadas con torpeza por el lenguaje, son admirablemente retratadas por el semblante con toda su desnudez é intensidad. Sentada y bajos los cerúleos ojos, se halla Beatriz; á sus pies y echado Medoro, y el caballero á su lado, mirándola muy cerca, agitado el pecho y pálido el rostro, pero clara la mirada como los claros cielos de las noches de Agosto.

Las palabras salen reacias, con algo de balbuceo.)

DON RODRIGO

Mira á Medoro... ¡Cómo te quiere!

(En los labios de la hermosa juega la sonrisa, y una de sus manos, fina y señoril, acaricia al lebrel, que con mirada inteligente y clara, la contempla. Los ojos-cielo de ella, se miran en los del caballero solo un momento; después se bajan azorados.)

BEATRIZ

Sí... me quiere mucho. Mira cómo agradece mis caricias...

DON RODRIGO

¡Y quién no ha de agradecerlas!...

BEATRIZ

¡Pobrecillo! Parece que con los ojos me da las gracias.

DON RODRIGO

¡Te quiere mucho el buen Medoro! Cuando monto á caballo para venir á verte y

tomo el camino que hacia aquí conduce, saltando y ladrando alegremente muestra el buen perro su contento. Y cuando ya nos aproximamos, él se adelanta impaciente por verte... y porque le acaricies.

BEATRIZ

¿Por qué no me le dejas aquí?

DON RODRIGO

¡Si es tu gusto! Pero... ¿qué haré yo sólo? Es el único que me acompaña. Y cuando ya no te veo, en los interminables días de ausencia, me siento y le hablo á Medoro de ti... siempre de ti... Y él... él sólo me comprende. Y al pasar la mano por su piel fina, pienso que días antes... las tuyas... ¡tan hermosas!... le acariciaron también... Y entonces sueño que las tengo entre las mías... ¡Y es muy bello soñar!

(Entre las manos obscuras y morenas del ca-

ballero se destacan las alba y rosa de la dama. ¡Dulce prisión es la en que yacen éstas! ¡Cuanto bienestar produce en el alma...!

¡Y cuánta la ternura de que se inunda el corazón...!)

BEATRIZ

Suelta... te abrasan las manos...

DON RODRIGO

Y el corazón también... de amarte tanto... tanto... ¡Mi Beatriz!... ¡Mi vida!...

BEATRIZ

Suelta, suelta. ¿No ves que vernos pueden?

DON RODRIGO

¿Tanto daño te hacen mis manos? Son rudas... como mi corazón... pero éste sabe querer... y éstas acariciar... Míralas; entre las mías, parecen tus manos... puñaditos de nieve... ¡Qué bonitas!... ¡Y con qué gozo aspiran mis labios... su perfume! ¡Y qué blancas!...

(En la piel suavísima de aquellas manos va el caballero—según habla—, desflorando con intensa fruición miles de besos pletóricos de amor, mientras la enamorada que los recibe, incapaz de protestar, siente agitar tumultuosamente su pecho por indefinida emoción, que la incita á llorar, á reir... y á morir..., morir de amor...

Instintivameute, y como empujados por oculta fuerza, se enlazan los brazos y con los ojos muy cerca, tan cerca, que casi se tocan las pestañas, míranse los enamorados como jamás se miraron: con todo su amor puesto en los ojos. ¡Momentos de supremo placer! Aquel beso no suena; silencioso y largo, funde dos almas con el volcán de un solo amor, verdadero y firme.)

FIN DE LA JORNADA SEGUNDA

JORNADA TERCERA

ESCENA PRIMERA

Es noche de invierno, cruda y rigurosa. Altozanos y valles, llanuras y montañas, campiñas y caseríos, yacen cubiertos de albino manto que por momentos crece con la nieve, que sin cesar despiden las nubes. Brama el aquilón y óyense lamentos de árboles y clamor de ventanas. En los encinares ululan los lobos, gruñen en las majadas los guardianes mastines y se oye el crujir de sus aceradas carlancas. La noche es obscura; muy obscura y muy fría. Por pequeña nava cruza una sombra en carrera vertiginosa. Son un caballo y jinete que, sin temor á la noche, corren con osadía inimitable por los nevados caminos. Pasan la nava, cruzan arboledas, saltan barrancales; nada detiene su paso.

Como diabólico ser, marchan y marchan, con inquebrantable firmeza, como si fuerza sobrenatural los sostuviera y guiara sobre los desolados y tristes campos de albina nitidez. Al perenne ulular de los lobos se estremece el caballo de pavor y acorta la carrera.

DON RODRIGO

¡Arre, maldecido caballo!... ¡Arre... caballo de los demonios!... ¡Arre!...

(Y los agudos acicates espolean, con furia del jinete y espanto del caballo, que sigue galopando siempre como en diabólica fantasía.)

DON RODRIGO

¡Maldecido caballo... maldecido... maldecido de mí!...

(La voz del caballero, triste unas veces y enfurecida otras, se confunde con el quejumbroso plañir de la arboleda y el altanero bramar del aquilón.)

DON RODRIGO

¡Maldecido de mí... que su desdicha causo!... ¡Maldecido de mí!...

(Calado hasta los ojos el sombrero, no ve Don Rodrigo por donde camina, ni lo viera aunque mirara, pues sólo negruras se divisan aquella noche. En el instinto del caballo fía, y hace bien en fiar, pues él le llevará por la más fácil senda. Con los ojos del recuerdo mira el caballero, no al desolado campo de ahora, sino otro florido y hermoso donde reía la brisa jugando con las flores en hermosas noches de luna, con ruidos misteriosos y vagos, como el restallar de besos...)

DON RODRIGO

¡Perro de tiempo!... ¡Noche indina!... Todo se conjura porque yo no la vea!

(La ventisca le azota las manos y algo de la cara con crudeza de hielo, con riguridad de latigazo. Y él nada siente; su pensamiento lo tiene en otra parte.)

DON RODRIGO

¡Qué felices éramos con nuestro amor!... ¿Y por qué no serlo ahora? Ella... ella mala... enferma... muy grave... muerta tal vez. ¡Dios mío!... ¿será verdad? ¿Será posible que viviendo yo muera ella?... ¿Y quién habla de morir? Triste suerte es morir cuando la felicidad espera. ¡Morir!... ¡Muerta!... Pero no, muerta no. ¿No vivo aún yo?... Sí, viva está; lo dijo el buen Miguel. Grave... muy grave... pero viva. Y lloraba el buen viejo al decírmelo... ¿Por qué lloraba si ella era viva? ¿Me habrá engañado?...

(Cruzan ahora, caballo y caballero, lo más cimero de un monte plagado todo él de encinas, enebros y zarzales. Por lo abrupto de su suelo, parece increíble no se haya despeñado en algún barrancal el caballo, el cual sigue en su loca carrera cubierto de sudor, á pesar del frío que se siente. En lo alto del bosque arrecia la furia del vendaval, escuchándose, de rato en rato, el des-

gajar de algunas ramas, que con golpe seco caen en los suelos levantando torbellinos de nieve.

Contraído por dolorosa crispación de nervios, va el caballero firme en la silla é indiferente á todo lo que no sea su sempiterna pesadilla. Corre el caballo sin que clase ninguna de obstáculos le detengan, y Don Rodrigo déjale correr, correr siempre. Entre unos zarzales se hace jirones la capa con que cubre su cuerpo el jinete, y más allá las ramas de una encina le azotan la cara con su ramaje áspero y tiran el sombrero con que éste cubría la cabeza.)

DON RODRIGO

¡Indino tiempo!... ¡Terreno malhadado!...

(Y apretando los espolines en los ijares del caballo, sigue este en su veloz galopar sin cuidarse el caballero de resguardar la descubierta cabeza, azote de la ventisca. Una sombra pequeña corre al compás del caballo y siempre á un lado de éste. Murmura el caballero al verle.)

DON RODRIGO

Medoro, fiel Medoro; hoy no saltas como

otras veces cuando á verla íbamos. ¿Por qué no saltas, Medoro? ¿Será la nieve que no te deje? ¡Endemoniado tiempo!... ¿Sabes que está enferma, malita... muy mala? Sí; lo adivinas, y por eso callas... Muy mala... muy mala... muerta tal vez...

(Ahogos en el pecho le oprimen al caballero, y el plañir del boscaje parece murmurarle: Muerta es... muerta es...)

DON RODRIGO

¡Mentira! Ni murió ni morirá... ¡Mentira! Viva es mi Beatriz; viva para mí. Y vosotros, agoreros fantasmas, callaos. ¡Arre, caballo de los demonios! ¡Arre! Poco nos falta... ¡Arre!... Alas te diera, como el pensamiento rápidas, para que llegar pudiéramos en un vuelo... en un instante... Corre, mi caballo... corre... Nunca fuiste tan lerdo... Pareces de plomo... ¡Arre!

(Y el caballo vuela, saltando zanjas y subiendo

cuestas. Y el caballero lleva los agudos acicates clavados en los ijares del potro, con tal fuerza, que á ser de día viérase correr la sangre.

Sigue el aquilón bramando; con lamento angustioso se quejan los árboles; aullan los lobos con plañir lúgubre y monótono; gruñen en las majadas los guardianes mastines entre tintineo de carlancas, y la sombra fantástica de caballero y caballo siguen la loca carrera á través de montes y valles, matorrales y calzadas...)

ESCENA II

Es una alcoba. En ella hay un lecho antiguo y blasonado de madera labrada. Alrededor de éste se encuentran hasta seis personas, tristes y acongojados los rostros, que aparecen macilentos á la pálida luz de unas velas que allí alumbran. Son Don Pedro, el Capellán, Fray Juan, Inés, Antonieta y Marciana, antigua criada de los Vélez de Luna. En el blasonado lecho hállase Beatriz, hundido el cuerpo entre la blanca ropa. De su cara de ángel han huído las rosas que daban encanto á sus mejillas. Con ardores de fiebre brillan sus cerúleos ojos, y uno de sus brazos, brazo divino, torneado y níveo, como artístico engendro de cincel maravilloso, cae con inercia de muerte sobre un lado

del lecho. Cruel enfermedad la sujeta allí con invisibles cadenas, robándola, descarnada y fría, las esperanzas que la infeliz tuviera sobre un porvenir riente amparado de un amor verdad. ¡Ilusiones risueñas que por los campos de la imaginación vivís! ¡Doradas esperanzas que forja el deseo! ¡Venturosos ensueños de épocas dichosas! ¿Qué es de vosotros? ¿Dónde habéis ido? ¡Sois flores ilusorias, flores de un instante, de vida tan efímera y fugaz, que á poco de nacer morís siempre! Imprevisto fué el mal, y cuando llegó lo hizo rapidísimamente, en trágico crescendo. Ella no sabe cuándo ni cómo fué; sin notarlo, entró el frío en su cuerpo, y de él adueñóse para siempre quizás. Aquel pecho donde el amor formó un nido y la piedad un alcázar, sufre horriblemente con doloroso latido. La angustia la ahoga, y su respiración fatigosa y lenta, es entrecortada y doliente...

BEATRIZ

¿Llegó ya Rodrigo?....

(Parecen suspiros sus palabras, tenues, vaporosas...)

DON PEDRO

No te preocupes tanto; la noche está mala y aún tardará.

MARCIANA

Quizá temiendo al tiempo no haya venido.

BEATRIZ

Nunca temió él... Sí; vendrá... si sabe que me muero...

DON PEDRO

No digas niñadas, Beatriz; no las digas.

(Su voz, que quiere ser firme, suena cariñosa y dulce: el buen hermano sufre, y sufriendo, contiene las lágrimas por no asustarla. Y todos, para hacer más llevaderos los últimos instantes de la hermosa, procuran sonreir, y sus rostros sólo dibujan muecas dolorosas.

En los silencios se oye el fatigoso ronquear de la respiración de Beatriz, mezclado con el rumor del viento azotando paredes y ventanas.)

BEATRIZ

¡Cuánto tarda!...

FRAY JUAN

Ya vendrá, mujer, ya vendrá.

BEATRIZ

Es que temo no verle... Porque... me muero sin remedio...

FRAY JUAN

Siempre le hay en Dios. Piensa en Él y hará tu bien.

BEATRIZ

Mi bien es vivir... vivir para él... y con él ser feliz.

(Sus últimas palabras no se oyen porque sólo el alma las dice con sumo sentimiento. Y su corazón creyente desgrana fervorosa súplica á la Reina de los ángeles, no por ella, sino por él, por su amor, por su dicha y común felicidad...

De la mente enfebrecida de la enferma se en-

señorea el recuerdo. El cuadro es risueño... los dos juntos... adorándose... La dicha los protege. Él la habla de su amor, un amor puro y santo... Ella sonríe feliz... y sus labios se agitan trémulos al recuerdo de los besos...

Un golpe de tos ahuyenta el ensueño y desvanece la ilusión. La descarnada realidad torna. Y la tos sigue cruda, angustiosa, lacerante, con desgarre de pechos y garganta, con agudo martilleo de sienes. Las manos delicadas de la enferma se asientan en su pecho como si quisieran protegerle de aquellos garfios que le rasgan el interior. La cabecita de ángel se alza en suprema contracción, invadida por la asfixia. Después se hunde en la almohada, fatigosa y desencajada la cara linda.)

FRAY JUAN

Don Pedro, debiéramos darla el último Sacramento, porque... se nos muere.

DON PEDRO

(Sollozando.) Callad, callad, Fray Juan... Por Dios, no me atormentéis.

FRAY JUAN

Hay que ser fuertes.

DON PEDRO

Nosotros sí; pero á ella ¿por qué asustarla?... Si ha de morir que no sufra... que no note que se muere...

(Las lágrimas le ahogan. Con un supremo esfuerzo las contiene, y por el interior del pecho se derraman.)

FRAY JUAN

Marciana, encenderás la vela del Santísimo. Que alumbre su agonía.

DON PEDRO

(Sigue sollozando.) Ponla donde ella no la vea... ¡Que no la vea!... ¡Que no sufra!...

BEATRIZ

(Murmura con voz perceptible apenas.) Pedro... ¿Y madre?

DON PEDRO

Acostada está ¿Qué la quieres?

BEATRIZ

¡Me ahogo... Pedro... me muero!... ¡Cuando iba á ser dichosa!...

(Su voz parece lamento de alma dolorida.)

DON PEDRO

Calla, Beatriz... y no seas tontina. Aún vivirás y serás feliz, muy feliz...

BEATRIZ

No; sé que no hay remedio.. Dile á madre que no lo sienta... que no padezca por mí... ni tú... ni tú tampoco...

(Un ahogo la corta la palabra y cae en postración dolorosa.

Todos la creen muerta; salen algunos sollozos comprimidos. Beatriz se mueve en la cama; aquellos ojos de límpida mirada, y donde el amor se contempló tantas veces, están ahora como fue-

ra de sus órbitas y con mirada vidriosa y vaga. Se oye un tenue ronquear... ¿Será el estertor de la agonía?...

Por la entreabierta puerta entra un alto lebrel. Sobre la pelambre de sus lomos quedan aún algunos copos de nieve á medio deshacer. Apoyadas las manos en la cama, clava su mirada inteligente en el fatigado rostro de la enferma. De las fauces de Medoro sale un corto gruñido. ¡Espera las caricias de su ama!...

Los ojos de Beatriz adquieren fijeza. Miran al lebrel y por última vez brillan alegres un momento. Una de sus manos, finísima, blanca y transparente, se posa en la cabeza de Medoro.)

BEATRIZ

¡Medoro... buen Medoro!... ¿Y mi Rodrigo?... Ya viene... ya llega... Me muero... Adiós... sueños dichosos... ¡No nació la felicidad... para mí...! Rodrigo... me muero... Rodrigo...

(Cayó en la cama, faltó el aliento, y con el nombre del bien amado salió la vida de aquel

cuerpo joven y hermoso. Y su alma, rotas las terrenas ligaduras, voló esplendente á las cerúleas regiones de las vírgenes y de los ángeles...

Abrazado al cadáver está Don Pedro; los sollozos salen angustiados de su pecho. El Capellán procura, inútilmente, consolarle. Lloran con llanto histérico las mujeres. Fray Juan reza. Y Medoro lame la blanquísima mano de su ama, que tibia al principio, se torna poco á poco en hielo, compitiendo en frialdad con la nieve que aún cubre la áspera pelambre del fiel lebrel...)

ESCENA III

Por el amplio portón entran sin cesar mujerucas y labriegos. Al pasar sacúdense las ropas cubiertas de nieve. En la cocina y bajo la enorme chimenea, bien repleta de fuego, se acomodan los hombres; las mujeres marchan á los pisos de arriba. En el palacio resuena ronco y sempiterno plañir. Y el cierzo al silbar parece que llora. Los criados sollozan.

UN MOZO

¡Pobrina! Tan joven y morirse.

UN VIEJO

¿Por qué no he sido yo, que para nada valgo?

UN MOZO

¡Tan joven y morirse!

UN VIEJO

¡Pobrina!

UN MENDIGO

¡Tan bonita como era!

UN MOZO

¡Más que una reina!

UN MENDIGO

¡Y tan caritativa para con todos! Daba pan y consejos. ¡Y consolaba las penas de los pobres!

UN MOZO

¡Reina y santa!...

UN VIEJO

Y en la gloria estará.

UN MOZO

¡Pobrina!

(Continúan los sollozos. A la puerta del palacio se detiene un caballo. Y Don Rodrigo entra. Está cubierto de nieve y destrozados los vestidos; la cabeza al aire.

De arriba llega el desgarrante plañir de las hembras. Tiembla el caballero y mira fieramente en derredor. Las gentes le hacen paso.)

UN CRIADO

Murió, señor... ¡Murió la pobrina!

(El criado solloza...)

UN VIEJO

¿Por qué no morí yo que para nada valgo?

(Don Rodrigo da un grito rabioso, por el que se va su alma. Grito lacerante como el silbar del aquilón.

De arriba llega el incesante plañir. Hacia allá sube corriendo el caballero.

En un salón lloran las mujeres. Y miran hacia una puerta que está cerrada.)

UNA MUJERUCA

Ahí, ahí está. La amortajan ahora... Por eso cerraron.

(De un empellón abre el caballero la puerta y éntrase por ella. Con la muerta están Inés, Antonieta y Marciana. Las mujerucas se asoman por la entreabierta puerta. Quieren ver lo que pasa, incitadas por feroz curiosidad.

Sobre la cama, despojado de ropas, yace el cuerpo de Beatriz: sus carnes están frías ya, y son tan blancas, que competir pueden con la nieve que cubre al caballero. Cerrados los ojos, no parece muerta y sí dormida, y aún con sueños alegres, pues sus labios parece que sonríen.

El caballero no habla; el caballero no llora. Secos los ojos y muda la lengua, se abraza á la muerta. ¡Y con el calor de sus besos quiere resucitarla!...

MARCIANA

¡Indinas! ¡Más que indinas! ¡Curiosonas!...

¿Qué os importa á vosotras? ¡Indinas! ¡Más que indinas!...

(La puerta se cierra y las mujerucas aguantan la curiosidad... Torna el plañir de fuera.

El caballero deja el cadáver: con ceño contraído mira á los lados. Parece un león.)

DON RODRIGO

¿Quién grita?... ¿Quién osa profanar este santuario?...

(Más que el huracán retumba su voz. Torna á mirar otra vez al desnudo cadáver, y como si este le escuchara, dice):

¡Malaventurado de mí! ¡Lo único que tengo y me lo quitan!... ¡Torre de marfil!... ¡Cuánto te adoro!... ¡Mi vida diera por la tuya!... ¡Encanto de mi alma!... ¡Mi único tesoro!...

(Abrazado á ella, la besa en los labios y en los ojos.)

MARCIANA

¡Don Rodrigo!...

DON RODRIGO

¿Quién habla aquí?

MARCIANA

¡Ay, Don Rodrigo!

DON RODRIGO

¡Ah! ¿Eres tú?

(El caballero sonríe: coge de una mano á la sirvienta y sigue diciendo, con brillo de locura en los ojos)

DON RODRIGO

Mírala... ¡qué hermosa es! Y sonríe... ¡Es que sueña con los ángeles!... Calla... calla... que no se despierte... ¡Qué hermosa!... Un beso la daré... despacio... callando.. para que no lo note....

(El caballero, gozosos los ojos, la besa en la frente... entre los rizos de oro...)

MARCIANA

Señor. Salid de aquí. ¿No veis cómo está?

DON RODRIGO

Sí... ya lo veo... Tápala, Marciana; arrópala... Que nadie la vea... Si alguien la ve, le mato.

(El caballero se estremece de celos. Poco á poco se calma. Sobre las ropas del lecho se destaca el desnudo cuerpo de Beatriz, cuerpo estatuario y armonioso. Parece maravillosa creación del cincel de Fidias.)

DON RODRIGO

¡Torre de marfil!... ¡Diosa de mis ensueños!... ¡Qué hermosa eres! ¡Cuánto te adoro!...

(El caballero coge una sábana y con sumo cuidado y mimo cubre el desnudo cuerpo que en la cama yace; sólo la cara queda descubierta.)

DON RODRIGO

¡Así... que ni el aire te vea!... ¡Así!...

MARCIANA

(Sollozando.) ¡Señor!...

DON RODRIGO

Venid, venid vosotras, las que como yo la amabais. Miradla... celebradas las nupcias, descansa en el tálamo... Miradla... Sueña con el esposo, sueña conmigo... ¡Por eso sonríe!...

(El aquilón sigue bramando con furia horrísona. Hay lamentos de ventanas. Y de fuera llega el plañir de las mujeres, ronco unas veces, otras agudo, y siempre prolongado.

Don Rodrigo está abrazado al cuerpo de Bea-

triz. Y al compás de sus locos y dolorosos besos, suspira tristemente.)

DON RODRIGO

¡Torre de marfil!... ¡Mi único tesoro!... ¡Diosa de mis ensueños!...

ESCENA IV

El jardín del palacio. La nieve cubre los árboles, los macizos de plantas y los senderos. Salió el sol, y sus rayos rebrillan entre los blancos espejuelos de la nieve. Los árboles muestran al aire sus esqueléticos brazos, de los que caen, de rato en rato, puñados de nieve, que al desprenderse de ellos despiden pequeñas partículas que desparramadas caen sobre los senderos blancos. El jardín está triste, con la melancolía de la muerte. Y la nieve parece sudario con el cual se encubre la Naturaleza. La brisa no juega entre el follaje de los árboles; no hay mariposas que de flor en flor vuelen, ni pájaros que violen el silencio con su piar sonoro. Sólo algunos pinzones picotean entre la nieve,

buscando el alimento que necesitan y no encuentran. Al través de las nevadas sendas camina, triste, Don Rodrigo, con la desesperación pintada en su semblante pálido. De trecho en trecho sacude el caballero los matorrales que hay en los senderos. Busca flores, y cuando alguna encuentra, héchala en un cestillo que detrás de él lleva Marciana.

DON RODRIGO

Todo está triste, triste como mi alma... Hasta este jardín, donde resonaron otras veces sus risas y sus palabras de amor, parece muerto.

MARCIANA

Apenas si hay alguna flor que otra.

DON RODRIGO

Sólo se encuentran crisantemos. ¡Flores de muerto!... Pero todas se las llevaré... todas quiero cortarlas... Y arrancaré las matas. ¡Ya

que ella no las vea, que no haya más flores en el mundo!

(El caballero sigue andando lentamente, añorando recuerdos placenteros.)

DON RODRIGO

¡Aquí la di un beso!... ¡Y aquí, que me amaba me dijo!...

MARCIANA

¡Siempre os amó la pobrina!...

DON RODRIGO

¿Por qué lloras?

MARCIANA

¡La quiero tanto!

DON RODRIGO

¡Nadie la quiere más que yo!... ¡Y no lloro! Llanto que sale á los ojos, se acaba con

las lágrimas. ¡Llanto que dentro del alma queda, perdura siempre... siempre!

MARCIANA

Vos no la visteis morir, por eso no lloráis.

DON RODRIGO

Muerta la vi.. ¡Y eternamente la llorará mi alma!... ¡Ella era mi vida!

MARCIANA

¡Y os amaba mucho!... Antes de morir os llamaba. ¡Y su última palabra fué para nombraros!...

DON RODRIGO

¡Ella era mi vida!... Muerta ya, murió mi corazón también!... ¡Ilusiones risueñas que forja el deseo! ¡Doradas esperanzas que por los campos de la imaginación vivís! ¡Venturosos ensueños de épocas dichosas!...

¡Todo se ha perdido!... ¡Marchásteis como nubes de verano que arrastra el huracán, y me dejásteis solo!... ¡Sois flores ilusorias, flores de un instante, de vida tan efímera y fugaz, que acabadas de nacer, morís! ¡Sólo queda el recuerdo de lo que ha sido y de lo que pudo ser!... A nuestro frente sólo vemos un camino sin fin, que á ninguna parte conduce... Y siempre andar... andar... Así será mi vida perdido el ángel que me alentaba... Vida sin ilusiones, que es eterna muerte...

ESCENA V

Entre las numerosas preeminencias que la casa Vélez de Luna y Girón de Oropesa tenía, había una que consistía en el extraordinario honor de poseer por panteón el claustro del convento. Con arreglo á ello prepararon los funerales de la hermosa Beatriz, y al siguiente día en que ésta abandonó el mundo, las viejas campanas del convento doblaron con siniestro son en llamamiento de fieles. La nave del templo es muy grande, húmeda y fría. Por dos ventanucas ojivales envidriadas de azul y rojo, entra la luz con penas, sumiendo al templo en obscura penumbra. El altar mayor es sencillo y severo. Con la poca luz se vislumbran apenas algunas estatuillas de santos, borrosas y negras. Del

centro del altar pende un Cristo, alto, esquelético y amoratado, de mirada dura y llagas sanguinolentas. En la obscura penumbra semejan los brazos de la Cruz, árbol de misterio ó fúnebre trofeo. En el centro de la nave hay un catafalco, y en él un féretro: en éste se halla Beatriz, tal y como pasará á la que el destino señaló como última morada de su cuerpo. Entre las cruzadas manos tiene un ramo de oliva, y en las sienes, entremezcladas con los cabellos-oro, una guirnalda de flores que el amor tejió como ofrenda última á la que fué ilusión de su vida. Atrás, en el coro y sentados en tosca sillería, toda la frailesca comunidad canta el oficio de difuntos. Sus voces, al retumbar en la alta nave, tienen eco de apocalipsis y anatema en los Salmos, y son de lágrimas en las Lecciones del Profeta pacientísimo. Junto al catafalco, una vieja y una mozuela rezan, y de cuando en cuando, parando el rezo, cuchuchean. Tiene la vieja, piel amarillenta y rugosa como los pergaminos antiguos y ojos vivos y agudos, cual de ave rapiñesca. La mozuela es hermosa y zafia; su cara es de color rojiza.

LA MOZUELA

¡Madre de Dios! Llena la gente el templo. Gente llana y gente principal.

LA VIEJA

Como en los días grandes; pobres y ricos.

LA MOZUELA

Allí está Don Pedro, en su sillón. Y muchos señores con él. ¿Los ves, abuela?

LA VIEJA

Sí; sí los veo. Y á Don Rodrigo también con todos.

LA MOZUELA

Yo no veo su cara. ¡La tendrá muy llorosa!

LA VIEJA

Es muy fiero. Estuvo con ella muerta y no lloró.

LA MOZUELA

Andaría el lloro por dentro. Dicen que abrazóse á ella. Y que deliraba como loco.

LA VIEJA

Y yo que lo vi... Pero luego volvióle la razón.

LA MOZUELA

Cuentan que reventó su caballo por llegar más pronto: y que él estaba cubierto de nieve y nada sentía.

LA VIEJA

Y yo que lo vi... ¡Pero quieras que no, le acostaron porque un mal no cogiera. Y de mañana levantóse y fué al jardín, á por flores para ella...

LA MOZUELA

¡Mucho la quería!... ¿Quieren todos así, abuela?

LA VIEJA

Nunca quieren los hombres, tenlo así presente. Si algo aman algunos, olvídanse pronto. Y don Rodrigo será lo mismo... lo mismo que todos.

(Don Rodrigo llegó al convento inconsciente de todo. Desde el día anterior, cuando merced á los cuidados de sus amigos, arrojó de sí aquel ramalazo de locura que momentáneamente se había enseñoreado de su ánimo, sentía atrofiada su sensibilidad por lo doloroso del momento, y todo lo que hacía y veía llegaba á su mente como si de un incomprensible sueño se tratase. Mas cuando las graves notas del órgano y las roncas de los frailes se adueñaron del templo, sintió el caballero en su ser honda sacudida y hormigueo febril por todo el cuerpo. De rodillas en el atrio, ve pasar, en lúcida cabalgata, visiones de otros tiempos, en que el amor jugaba en los jardines, y había pláticas sabrosas y besos furtivos de edenial sabor.

El Oficio sigue lento y grave, como vuelo de águila que por los aires se cerniera majestuosa.)

LA MOZUELA

Esas flores que ella tiene, ¿se las dió el caballero?

LA VIEJA

Él las cortó, y tejió en su jardín la guirnalda que tiene y esos otros ramos que hay. Dicen que por ser invierno había muy pocas y que todos las cortó para ella...

LA MOZUELA

¡Cuánto la quiere, abuela!...

LA VIEJA

Poco tiempo será, que el querer de los hombres es de ocasión, y es su alma muy dada al olvido.

LA MOZUELA

¡Abuela... pues éste bien la quiere!...

(La mozuela mira á la muerta atentamente,

con mirada fija; y su voz tiene dejos melancólicos como si la envidia empezara á florecer en su corazón joven y bueno. Y la envidia, ¿de quién? ¿De la muerta?... ¡Sí... de la muerta... que había conseguido ser amada!

La mozuela suspira. Saciarse quiere de amor y no puede; nadie la quiere.

Corazones yermos que amor no fecundiza, la vida es eriazo, la vida es muerte eternal.

La mozuela suspira...)

LA VIEJA

Tan joven y morirse... ¡Pobrecilla!

LA MOZUELA

A ella la querían, abuela. Y aún la quieren. Ella fué dichosa.

(En la muerta se fija la mozuela. Casi con rencor miran sus ojos. Y un suspiro se escapa de su pecho, pecho virgen en donde jamás floreció un querer.

Majestuoso y lento sigue el canto religioso, domeñando almas mientras retumba por los cortos

ámbitos del templo, que parece temblar también en sus cimientos.

De rodillas está Don Rodrigo, apoyados los codos en un reclinatorio y oculta entre las manos, la cara. Ni llora, ni tiembla. Sus secos ojos miran airados al Cristo gigantesco que en la sombra oculta el cuerpo lacerado y enjuto. Y de los secos labios del caballero salen imprecaciones en voz tan baja, que parecen rezos lo que son blasfemias.)

DON RODRIGO

Tú... Tú... la pusiste en mi camino... Tú me encendiste el corazón.. me hiciste amarla... Y cuando ya... su vida era mi vida... me la matas... Si te la habías de llevar... ¿por qué la pusiste en mi camino?... ¿por qué la conocí?... Cruel te portas porque eres poderoso... Te llevaste mi dicha... mi vida...

(El son del órgano le lleva una ráfaga de frío que azota su cuerpo, con las rudas notas de los Salmos, que parecen apocalípticos apóstrofes, amenazas de ultratumba propinadas por voz supraterrena.

Después trocan las notas su adustez por serena armonía que, enterneciendo al corazón, le invita al triste gozo de las lágrimas. Son las lamentaciones del triste Job, en las que aún llora todo un pueblo creyente.

Ruedan melancólicas y suaves, como llanto de virgen. Y las lágrimas aparecen en los ojos dando consuelo al corazón,

Don Rodrigo no llora. Pero ya no blasfema. Ahora ciñe el recuerdo sus sienes, y con tan preciada diadema, reviven en su mente los tiempos pretéritos en que era la dicha flor perenne del alma.

Yergue el caballero su cabeza altiva. Con aleteo de mariposa resuena en sus oídos el canto religioso. Sus duros y secos ojos miran con fijeza... Se desvanece el templo. En su lugar hay un jardín, y en él ríe el sol. Hay perfumes de flores y cantos de avecillas. Y la brisa al jugar en la fronda, parece que besa. Allí no hay catafalcos, ni ataúdes; sólo lechos de rosas, y en ellos la virgen rubia, la de cabellos de oro y ojos que son turquesas, sonríe. Son de grana sus labios y de cielo sus ojos; al mirar acarician.

En lecho de rosas espera al caballero la hermosa. Y el caballero llega, y en llegando la abraza, y en llegando la besa, con beso de ardientísimo amor. Músicas angélicas entonan himnos. Ella... le sonríe...

Pasa la ilusión: torna la realidad.

El templo en umbrosa penumbra. Y la virgen rubia, fría y muerta.

Lo doloroso y brusco del contraste, produce ruda distensión en los nervios del caballero. Siente un ahogo en el pecho y como si un escalofrío le recorriera el cuerpo. Le parece como si cien truenos restallaran con potente voz en su cerebro. Cree que el convento se derrumba... Y el caballero deja caer la cabeza entre las manos.

Sigue el oficio de difuntos majestuoso y lento. La vieja y la mozuela cuchuchean.)

LA MOZUELA

Ya se acaba la misa, y Don Rodrigo ni aun se mueve.

LA VIEJA

Ya se moverá; es que querrá acabarla de rodillas.

LA MOZUELA

¿Y si fuese muerto, abuela?

LA VIEJA

Nadie muere de amor, gacela.

(El canto de los frailes cesa. Las notas del órgano se esconden, como pájaros que tornan al nido amado. Y las sombras santas parecen más grandes con el silencio. El caballero sigue de rodillas, apoyados los codos en el reclinatorio y hundida entre las manos la cabeza de león. Don Pedro le llama y él no se mueve. El caballero sin aliento está. Frío su cuerpo y sin alma, que en busca de su amada marchó para jamás volver...)

LA MOZUELA

¡Abuela... el caballero no se mueve! ¡Abuela... murió el caballero!...

LA VIEJA

¿Y á ti qué, mi hija? Si murió, que Dios le perdone..

LA MOZUELA

A mí sí, abuela; á mí sí. Murió de amores... Y á mí nadie me quiere... nadie...

(Habla la mozuela con ronco acento, mientras la envidia se retrata en sus ojos, que miran con rencor á la muerta.

Las gentes se agolpan. Un monaguillo contempla aterrorizado á Don Rodrigo muerto. La cara de éste se halla contraída y negruzca. Pero su mirada aún no tiene la terrible expresión que da la muerte. Sus ojos parecen sonreir, como si vieran á lo lejos la adorada figura de la virgen rubia.)

FIN DE LA VIRGEN RUBIA